

SS
SERVICIO SECRETO
BB
EN LA TELA DE ARAÑA
mikky roberts



MIKKY ROBERTS

EN LA TELA DE ARAÑA

Col. SERVICIO SECRETO n.º 720
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 7397 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - MAYO 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 1652/64

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
711. — Legado sangriento.

En Colección SERVICIO SECRETO:
700. — Juego maldito.

En Colección BUFALO:
395. — Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:
389. — Traía la muerte.

En Colección TEXAS:
368. — Juego duro.

En Colección COLORADO:
333. — La muerte a su servicio.

En Colección KANSAS:
174. — Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:
212. — Herencia fúnebre.

En Colección BRAVO OESTE:
100. — Sin piedad.

En Colección PUNTO ROJO:
87. — Redes de nylon.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
69. — Los muertos no se quejan.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
1. — Venus negra.

CAPÍTULO I

Desde que recibiera aquella carta en el correo de la mañana, no había dejado de pensar en ella. Era muy breve y escasamente reveladora. Quizá eso mismo le proporcionaba el misterio. Eso y el cheque por dos mil dólares que acompañaba.

Sintió necesidad de releerla una vez más y abrió el cajón central de su mesa, donde la había guardado. En el sobre alargado, de buen papel, no había más señas que las que de él mismo, escritas a máquina. Levantó la solapa y sacó la hoja de papel, plegada a lo ancho en tres dobleces, y leyó la pulcra mecanografía:

> «Míster Donald Monroe
> Agencia de Detectives
> Los Ángeles.
> «Estimado míster Monroe:
> »Le incluyo un cheque por valor de dos mil dólares como anticipo de un trabajo de investigación sumamente confidencial. Le telefonearé para concertar la primera cita. Si no puede hacerse cargo del asunto, le ruego destruya el cheque, pues no tendrá validez.
> »Atentamente...
> »B. E.».

Nada más que aquello, y nada para identificar el remitente, a excepción de aquellas dos iniciales. Naturalmente, había investigado en el Banco el origen del cheque, y el nombre del comprador del mismo resultó ser Alex Portman, un abogado criminalista. Era evidente que Portman obró bajo las indicaciones de un cliente cuyas iniciales —acaso de ser auténticas— eran B. E.

Se abrió la puerta de su despacho sin previo aviso y entró Marta Foster, su secretaria. Llevaba el bolso al brazo y los guantes en las manos. Se había retocado el suave carmín y un peine había puesto un moderno desorden en sus cabellos rubios. Bajo el vestido de seda estampada, Marta estaba fresca y lozana como una flor tras el rocío matinal. Pero el día había concluido y Marta conservaba aquella limpia apariencia tan peculiar en ella, como si no hubiera trabajado intensamente en la dura jornada.

—Un día de estos voy a declararme en huelga, Don —exclamó mientras se acercaba al amplio escritorio—. En esta oficina rigen las leyes

laborales de hace un siglo.

Donald echó una ojeada al reloj, eran las ocho de la noche, y el edificio dedicado a oficinas había quedado silencioso hacía por lo menos dos horas.

—No te falta razón, Marta. Deberías haberte marchado hace rato. Buenas noches:

Ella rodeó la boca y se sentó en la esquina del escritorio. Con ello el vestido se deslizó, mostrando unas piernas largas y redondeadas, muy tostadas por el sol de Santa Catalina.

—Se supone que Don Monroe iba a acompañarme esta noche.

—¡Oh, sí, es cierto! —el detective apartó su mirada de la carta que había estado examinando y la fijó en los ojos verdes y tentadores de Marta —. El caso es que todavía tengo que hacer unos informes.

Ella se acercó un poco más.

—Me pregunto qué cataclismo ha ocurrido en el mundo para que sea una mujer la que pida la compañía de un hombre.

—El trabajo...

—Tonto —se inclinó y le besó en la comisura de los labios—. Definitivamente tonto.

Dio un rápido giro y se apartó unos pasos.

—Espero que te diviertas mucho con esos papelotes. Por mí parte, prometo dedicarte un recuerdo cuando me encuentre entre los brazos de un muchacho que me llamó esta mañana, bailando en «Jinx» o en otro lugar similar. *Chao,* Don.

Monroe se pasó una mano fuerte y morena por los revueltos cabellos oscuros y calibró con una ojeada la silueta redondeada de Marta.

—Ven aquí —pidió.

Ella arqueó las cejas, frunció los labios hasta formar un hociquito caprichoso y regresó.

Don no se molestó en incorporarse. Cogió la barbilla femenina y la hizo inclinarse suavemente. Hundiendo sus manos en los cabellos rubios la miró un instante a los ojos, con dominio.

—Esta noche vas a serme fiel. Mañana nos desquitaremos —y la besó ferozmente hasta que ella protestó.

Cuando la soltó estaba sofocada.

—Vete directa a tu apartamento. Mañana pasaré a buscarte.

—Eres un moro, Don. No tienes el más mínimo sentido de la vida moderna. Estás cargado de prejuicios como un burgués.

—Cuando se trata de una mujer, sí.

Ella se ahuecó el pelo, con una mano de largas uñas laqueadas.

—No estoy segura de hacerte caso esta vez.

—Entonces tendré que usar mi pistola para mataros a ese galán y a ti.

—¿Significa eso que me quieres?

—Por supuesto.

Marta corrió hacia Don y le abrazó.

—¡Oh, querido, es maravilloso! —le habló junto a la oreja, mimosamente—. ¡Me gustaría tanto un viaje de novios a Hawái...!

Don la apartó, como si abrasase.

—¡Eh, un momento! ¡No creo haber dado motivos para que se me considerare un paranoico! Ni una sola vez he sugerido la posibilidad de una boda... ¿Por qué tenéis todas las mujeres idénticas aficiones casamenteras?

Ella se irguió.

—¡Eres un perfecto canalla, Don Monroe!

El detective alzó un dedo en cómico gesto amenazador.

—Jovencita, está usted hablando a su jefe.

—¡Puedes irte al infierno! —gritó ella, mientras corría hacia la puerta —. ¡Y me voy a pasar toda la noche bailando en el «Jinx»!

Cerró con tanta violencia, que la oficina entera se conmovió. Luego se oyeron las puertas del ascensor en el rellano y por fin se hizo el máximo silencio en aquel piso.

Donald se recostó en el sillón basculante, entrecerró los ojos y pensó en los informes pendientes. Luego que hubo eliminado la prieta figura de Marta de su pensamiento, se incorporó y pasó a la máquina de escribir que tenía junto a la mesa, donde él personalmente hacía los informes confidenciales de los asuntos en los que se ocupaba en persona.

La puerta volvió a abrirse para dar paso a Vic Adams, uno de sus ayudantes, recién llegado para hacer el servicio nocturno.

—¿Qué le has hecho a Marta, Don? Tropezó conmigo en el pasillo y casi me derriba.

—Hola, Vic —saludó Monroe sin responder a la pregunta—. Sobre tu mesa he dejado unos asuntos rutinarios para que te ocupes de ellos.

—Ya los he visto, pero acabo de recibir una llamada. Un tal Andrew Martin quiere que vayamos a su tienda, en Sausalito Street, para investigar un asunto de robo.

—De acuerdo, acércate a ver qué ocurre, pero trata de regresar pronto. Si te vas a demorar, llámame. Ah, y no te olvides de dejar el cargo correspondiente a la gaveta de Mary Ann.

Mary Ann era la chica que llevaba la contabilidad y pasaba las facturas a los clientes.

—De acuerdo, Don. Si vas a salir —se volvió desde la puerta—, límpiate el carmín que Marta te ha dejado en el cuello de la camisa.

Cerró antes de escuchar la maldición de Monroe. Este abandonó lo que estaba escribiendo y pasó a los lavabos. Efectivamente, los labios de Marta habían dejado huella de su paso en la tersa tira del cuello, cuando se recostó en su hombro.

Embadurnó la punta de una toalla en agua y jabón y se frotó la mancha sin conseguir otra cosa que extenderla más y manchar con tinte rojo toda la tela. Cuando terminó de hacer de su cuello un trapo húmedo e impresentable, volvió a lanzar otra maldición y arrojó la toalla.

Sonaba el timbre de su oficina, y de dos zancadas llegó hasta él...

—Monroe al habla —dijo.

Al otro lado, una voz neutra preguntó:

—¿Está conforme con el cheque de dos mil, como anticipo?

El detective se puso rígido y prestó más atención.

—Lo he recibido, sí —admitió, sin comprometerse—. ¿Con quién hablo?

Pero su interlocutor tampoco deseaba decir más de lo que tenía pensado.

—¿Significa eso que acepta el trabajo?

—Todavía no sé de qué se trata.

—Naturalmente. Pero no puedo hablarle de ello, mientras no tenga su palabra de que va a encargarse del asunto.

Don se armó de paciencia.

—Escuche, me paso el día recibiendo las confidencias de la gente y jamás traiciono esa confianza. Si usted no es más claro, yo no puedo decidirme. De cualquier forma, tarde o temprano tendrá que hablar si quiere que trabaje en lo que usted desea; todavía no se han inventado los detectives adivinos, que actúan sin hacer preguntas. Supóngase que acepto, que escucho su caso y que Luego me niego a trabajar, o, incluso, que divulgo sus confidencias... Se han dado casos como este. Usted tiene que correr riesgos, cuando trate con los demás.

—Yo no corro jamás riesgos de esta clase —afirmó la misma voz—. Si usted me traicionase, una vez aceptado mi dinero y conocido mi caso, le mataría.

No era una simple expresión convencional. La persona que decía aquello estaba dispuesta a hacerlo. Don pensó en aquello un instante, confuso y sorprendido a un tiempo.

—¿Señor Monroe? —había pasado algún tiempo y la voz se impacientaba—. ¿Está todavía escuchándome?

—Sí; aguardo a que hable.

—Se trata de algo muy importante. Estará muy bien pagado y es legal,

perfectamente dentro de los límites de su profesión. Nada de lo que haga en este asunto le pondrá en una difícil situación con la policía, ni correrá riesgo alguno de que le sea retirada la licencia. De momento no puedo decirle más. Si usted necesita mayores seguridades, significa que no es el hombre que yo busco, en cuyo caso rompa el cheque, porque daré orden al Banco de que no lo abonen. ¿Comprendido?

—Creo que sí.

—¿Su respuesta?

—Acepto... si cuanto ha dicho es cierto.

—Lo es. Bien, ahora escúcheme. Salga ahora mismo a la calle y tome un taxi. Al chófer, le dará la dirección del Huntington Park. En su entrada norte le aguardará un «sedán» negro. Vaya solo y no haga que nadie le siga, porque estaremos vigilando. Ah, otra cosa, discúlpenos ante su ayudante Vic Adams. Le hemos hecho salir con la excusa de un robo en Sausalito Street. No hay tal robo, ni tal cliente, queríamos aseguramos de que usted estaba completamente solo, para que nadie le siga. Naturalmente, los gastos de esa falsa salida puede cargarlos a nuestra cuenta.

Monroe colgó el auricular y estuvo reflexionando unos instantes. El misterioso «B. E.», sabía organizar bien las cosas para obtener los resultados deseados.

Pero de todas formas él iba a conseguir la cooperación de otro ayudante, para su propia seguridad.

Levantó el auricular y al no obtener señal de marcar golpeó el interruptor nerviosamente varias veces, en espera del tono.

—No se moleste, señor Monroe —oyó la misma voz de antes—. Mantenemos su línea ocupada para impedir que busque a otro ayudante. Nos interesa usted... solo.

—¡Esto es excesivo! —protestó—. ¡Cuelgue inmediatamente y déjeme manejar mi agencia según mi criterio!

—Es perfectamente libre de hacerlo. Únicamente hemos querido asegurarnos de que usted no pudiera ordenar a sus hombres que realicen algunas pesquisas por su cuenta, antes de que usted se haya enterado del problema. Seguiremos manteniendo la línea ocupada hasta que usted salga de la oficina.

—De acuerdo —Don se mostraba osco—. Ustedes ganan.

—Si piensa usted usar otro teléfono, debe recordar que el resto de las oficinas del edificio están cerradas, y que el teléfono del vestíbulo está también bajo nuestro control, con la comunicación establecida. El pobre conserje va a destrozar el interruptor con sus golpes... —había una nota burlona en aquella voz.

—Son ustedes muy listos, ¿eh? —gruñó Don.

—No debe molestarle eso. Tomamos nuestras precauciones. Claro que si no le interesa el caso, dígamelo ahora mismo y cancelamos la cita.

Reflexionó un instante. Le molestaba haber perdido la iniciativa en aquel caso, pero por otra parte le excitaba el misterio y... la posibilidad de ganar unos buenos dólares.

—Iré y... sin trucos.

—Eso está bien. Baje ahora mismo, señor Monroe.

Dan colgó definitivamente y se ajustó la corbata. El cuello de la camisa empezaba a secarse, pero su aspecto era deplorable.

Salió de su despacho y dejó una nota a Vic Adams, con un resumen de la conversación telefónica y el lugar de la cita en la entrada norte del Huntington Park para que investigara por ese lado, si tardaba en dar señales de vida.

Luego apagó las luces y cerró la oficina.

En el ascensor descendió a la planta baja. En el vestíbulo, el conserje vociferaba por el teléfono:

—¡Esta broma es excesiva! ¡Dejen libre la línea, condenación! ¡Podemos necesitar el teléfono para un asunto de emergencia...!

Al ver a Monroe dejó de gritar y se dirigió a él.

—¿Le parece a usted? Unos bromistas han llamado y me han dejado la línea ocupada... ¡Es indignante! ¿No habría un procedimiento para averiguar el lugar desde el que han hecho la llamada y denunciarlos?

—Sí; pero para ello necesitaríamos otro teléfono con el que llamar a la Compañía Telefónica. No se preocupe, Sammy. Dentro de unos instantes le dejarán la línea libre, ya verá.

Cruzó el amplio vestíbulo y salió a la calle. La noche era cálida y agradable. Del océano llegaba una suave brisa que traía el perfume de las flores de los jardines de Los Ángeles.

Cuando llegó al bordillo, vio que un taxi se acercaba hacia él y lo llamó. Don subió ágilmente y ordenó:

—Al Huntington Park.

El taxi arrancó velozmente y dio la vuelta a la esquina con una maniobra excesivamente brusca. Al llegar a un cruce, se detuvo un instante, sin previo aviso, lo cual hizo perder el equilibrio a Don. Este se aferró al tirador de la puerta para no caer y empezó:

—¡Oiga! ¿Se ha vuelto loco?

La portezuela del otro lado se abrió de improviso y entró un bólido humano, que ocupó un sitio junto al detective y lo empujó con sus manazas para que se estuviera quieto.

—Adelante, compañero —ordenó el recién llegado—. Ya tenemos nuestro paquete y podemos regresar a casa.

—¿Qué significa...? —preguntó Monroe, irritado.

—Cálmese, amigo —pidió el que tenía a su lado, un gigante de enorme resistencia, sin duda antiguo pupilo de *rings* y gimnasios—. No vamos a causarle daño alguno. Simplemente, lo del Huntingon Park era una falsa cita para que su detective no encuentre su rastro, aunque regrese ahora mismo de su paseo por Sausalito Street. Porque usted le habrá dejado una nota en la máquina de instrucciones, ¿no?

La meticulosidad de los preparativos para aquella cita no dejó de admirar a Don.

—Piensan ustedes en todo.

—Nosotros, no. Somos dos instrumentos sin cerebro. El jefe lo dice siempre, pero tenemos una cosa buena; somos fieles. De manera que pórtese usted bien y todo irá sobre ruedas.

—¿A dónde vamos?

—No pregunte esas cosas, hombre —el chófer, otro gigante ex boxeador como su compañero, parecía desolado ante lo que consideraba una muestra de absoluta ingenuidad—. Es evidente que el jefe está en un lugar donde nadie puede hallarle, bien seguro. Por eso nos hemos molestado en impedir que le sigan a usted.

—Pero yo tendré que saber...

—A usted le taparemos los ojos dentro de poco —explicó cansinamente el que estaba a su lado—. Y no pregunte más.

—¿Quién es el jefe?

—¿Oyes, Tony? El señor Monroe nos considera tontos.

—Lástima que está protegido por el jefe, Pete. De otra forma, íbamos a demostrarle unas cuantas cosas...

El aspecto de ambos individuos era el inconfundible de los guardaespaldas y matones, tan frecuentes en los bajos fondos. Pero Don no podía relacionarlos con nadie al que conociese, ni con ningún asunto grave aparecido en los periódicos, últimamente.

El taxi siguió su carrera a la velocidad máxima permitida y después de un sinuoso recorrido por calles y avenidas, sin duda para despistar a posibles seguidores, entraron de pronto en un garaje subterráneo donde había una gran cantidad de vehículos. El taxi evolucionó por las distintas naves, siguió una rampa descendente, giró en una rotonda central, volvió a subir otra rampa y frenó súbitamente. Pete, el guardaespaldas que estaba a su lado, lo empujó fuera del taxi, y por su parte, Tony lo abandonó de un salto para pasar a un coche azul, de motor muy potente, aparcado junto al

vehículo que acababan de abandonar.

—Adentro, señor Monroe. ¡Rápido! —ordenó Pete.

Estaba metido en aquello por su gusto y obedeció, no sin tomar nota mentalmente del tanto por ciento con el que incrementaría su cuenta por «desplazamientos especiales».

El coche azul salió zumbando por la elipse hacia la superficie. Antes de llegar a la calle, sin embargo, Pete le incrustó un capuchón negro hasta el pecho, y Donald se sintió sumido en la más absoluta oscuridad.

—¡Eso es excesivo! —protestó—. Voy a asfixiarme aquí dentro.

—No hable demasiado y ahorrará aliento. El jefe dijo que lo hiciésemos en su propio beneficio. Él se lo explicará.

El coche había salido a la superficie, y rodaban de nuevo por el tráfico, pero Donald se sentía incapaz de decir el lugar por el que circulaban.

Toda aquella maniobra estaba muy bien pensada. El cebo del cheque, el truco de los teléfonos ocupados, la trampa del taxi y por fin el laberinto del garaje, para continuar el trayecto con coche distinto y... con capucha. Era materialmente imposible que ninguno de sus agentes, aun habiendo podido darles aviso de que le siguieran, hubiera triunfado en la empresa de rastrear su pista.

Monroe exhaló un suspiro de resignación y se relajó por primera vez desde que subiera al taxi, recostándose en el mullido asiento. No iba a tardar en tener todas las explicaciones precisas, y de nada valían sus esfuerzos por saber más, frente a la estólida fidelidad de autómatas de ambos guardianes.

Al fin el coche se detuvo, después de un tiempo que no podía calcular, y Pete indicó:

—Ya podemos bajar, señor Monroe. Le ayudaré.

Con mano firme le auxilió, como si se tratara de un ciego, y Donald notó bajo sus pies la grava de un camino. El olfato le indicó la presencia de muchas flores, por lo que dedujo se encontraba en un jardín. Luego subieron tres escalones, cruzaron lo que parecía un porche y Donald pisó un felpudo en el que instintivamente restregó sus pies. Pete abrió una puerta y le hizo pasar. El sonido de la puerta y la alfombra que pisaban indicó al detective que se hallaba en una casa lujosa. Sus pasos se ahogaban en la recia alfombra. Nuevamente se abrió la puerta y al entrar notó el aroma de buen tabaco habano y el especial olor de los muebles caros, de las maderas ricas y del cuero de la tapicería de los sillones.

Intuyó que se encontraba en una biblioteca o en un despacho. Pete, a su lado, informó:

—Todo salió como estaba previsto, jefe.

—Bien; aguarda fuera. Ya te avisaré. Adelante, Don. Quítate esa capucha y toma asiento. Sigues adicto a la ginebra, ¿verdad?

El detective se despojó del saco negro que cubría su cabeza y se pasó los dedos por el pelo, a guisa de peine, mientras contemplaba las facciones macizas y tostadas de Benny Egan, el *gangster* más famoso y escurridizo de la costa del Pacífico.

CAPÍTULO II

Donald plegó la capucha y la arrojó sobre un sillón de cuero. Luego tomó la copa de ginebra que le ofrecía Benny Egan y la bebió de un trago.

—No era necesaria toda esta escenografía para que viniera, Benny —protestó Donald Monroe—. Con los años te vuelves truculento.

—Perdóname, Don. Conociéndote, sé la cantidad de bilis que habrás tragado desde que uno de mis hombres te llamó por teléfono. Pero era necesario. Esos dos mil por las molestias. A partir de ahora, abrirás una cuenta nueva.

A un hombre que exhibe semejantes razones no hay forma de discutirle.

—Tu problema es grave, Benny. Nunca has tirado el dinero.

—Y sigo conservando mi famoso sentido del ahorro. Lo que voy a pedirte vale mucho más... para mí.

Monroe miró fijamente a su viejo amigo. Hacía tiempo que no se veían. Y mucho más todavía desde que sus vidas respectivas seguían rumbos distintos. A simple vista podía decirse que militaban en diferentes bandos, pero si Donald tenía alguna virtud, esa era, desde luego, un gran sentido del agradecimiento.

Y no ignoraba que Benny había pagado su carrera de un modo anónimo, mediante una beca que con nombre falso pagaba anualmente a la Universidad. La amistad entre ambos había nacido a la par que su actual profesión. Cuando Donald obtuvo su licenciatura en leyes, deseó agradecer personalmente al donante de la beca el gesto que había tenido. Empezó entonces una búsqueda laboriosa, hasta que dio con Benny Egan. Cuando por fin le identificó, Benny le dijo:

—Harías carrera como detective, chico. Tienes olfato, intuición y tenacidad.

Así había surgido todo. Benny le ayudó a montar la agencia, aunque más tarde le devolviera hasta el último centavo del préstamo, e incluso le proporcionó los primeros clientes. Las peculiares actividades de Benny, sin embargo, motivaron la separación de ambos.

Nada, a pesar de todo, lograría hacerle olvidar a Donald la deuda de gratitud que tenía con su protector.

—Estaba a tu disposición igualmente sin ese cheque ni este despliegue de precauciones, Benny. Y sin las amenazas de tu agente telefónico; me dijo que si te traicionaba, me mataría.

Benny rio, aunque no había alegría en su gesto.

—Skip Farrell es algo bruto, y pensó que así se aseguraba tu cooperación. Es mi lugarteniente.

—Bueno, ¿qué te ocurre?

Se sirvió una nueva ginebra inglesa, y se acomodó en el sillón de cuero.

—La policía está buscándome.

—De eso hace años, pero eres escurridizo, Benny.

—Esta vez va en serio, es algo grave y... me tienen cogido. No sé cuánto tiempo me resultará eficaz este refugio secreto —suspiró mirando la confortable disposición de la biblioteca, cuyas ventanas estaban cubiertas por gruesos cortinajes—. Si te han traído encapuchado, es para impedir que te veas obligado a colaborar con la policía.

—Nunca te traicionaré, Benny.

—Lo sé. Pero, ¿para qué perjudicarte con mis cosas? Todo detective tiene la obligación de cooperar con la policía, y, si no lo hace, pierde la licencia e, incluso, algo más. La policía no tardará en saber que trabajas para mí y te exigirá que le digas cuál es mi escondite. La respuesta será que no lo sabes y ellos se enfurecerán, te amenazarán y tendrás conflictos, pero jamás podrán probar que les has mentido, de modo que no te quitarán la licencia.

—Piensas en todo, Benny —sonrió Donald—. Por eso dijeron tus hombres que lo hacían en mi propio beneficio.

—Exacto.

Se hizo un penoso silencio, y Donald insistió:

—¿De qué te acusan?

—De haber matado a un hombre.

—¿A quién?

—Day «Dedos» Monaghan.

—¿No es ese famoso ladrón de cajas acorazadas?

—El mismo.

Monroe necesitaba otra ginebra para encontrarse en forma y se la sirvió, aunque no hizo más que mojarse los labios.

—¿Lo has hecho, Benny?

El *gangster* le sostuvo la mirada.

—No.

—Te pido la verdad, Benny. En casos como este no se puede mentir. Sería tanto como dar falsos síntomas al cirujano que tiene que operarte.

—He dicho no, Donald Monroe —exclamó con fuerza, rabiosamente —. Y cuando digo no, ¡es no!

—Está bien; no te excites —exhaló un suspiro—. Así es mejor.

Benny Egan hizo crujir las articulaciones de sus dedos.

—¡Estoy en una trampa, Don! ¡Algún maldito hijo de perra me la ha preparado cuidadosamente para llevarme a la cámara de gas! ¿Te das cuenta? ¡Con mis antecedentes, no habría abogado capaz de salvarme!

—Ahora menos que nunca puedes perder la serenidad, Benny. ¿Qué quieres que haga? Yo no ejerzo como abogado.

—Necesito que busques al verdadero asesino. No importa lo que eso cueste ni los detectives que precises ocupar en la empresa. ¡Contrata a los mejores hombres del país, pero encuéntrame al que mató a Ray «Dedos» Monaghan!

—De acuerdo. Pero antes debo conocer toda la historia.

Sacó un cuaderno de notas del bolsillo y un lapicero estilográfico de plata, y miró a Benny, interrogativo.

Este se incorporó y paseó por la biblioteca durante unos instantes, como ordenando las ideas. Al fin, se recostó en el brazo de otro sillón y empezó:

—Hace una semana vino a verme «Dedos» Monaghan a mí club, el «Tropicana», y me propuso un negocio: Dentro de dos días tendría unas joyas en venta y...

* * *

Frida Jensen miró con ojos muy abiertos y asombrados la caja que Benny Egan sacó del armario. Su volumen, el rico papel en que estaba envuelta y el gran lazo, presagiaban algo verdaderamente importante.

—¿Qué sorpresa es esa, querido? —susurró al tiempo que descruzaba sus largas piernas y se ponía en pie.

Frida había sido estrella de uno de los espectáculos del club. Solo por dos días. Justos los que había tardado Benny en acercarse por allí y verla actuar. Se había presentado como cantante, pero la mejor melodía la llevaba escrita en su cuerpo largo y joven, en sus ojos claros y dulces y en sus labios rojos y apasionados. Benny sabía apreciar lo mejor y Frida era, con mucho, lo más exquisito que había visto en mucho tiempo.

—Es un pequeño regalo, nena. ¿Ya no recuerdas? Es nuestro primer aniversario.

—¡Qué gentil eres, Benny!

Le besó y luego acudió a desenvolver el paquete, con febril ansiedad. Cada uno de sus movimientos hacía vibrar su cuerpo joven y su cabellera platino, que pregonaba su estirpe nórdica. Benny la miraba sonriente y satisfecho, porque a Benny le gustaba hacer feliz a la gente.

Cuando la caja fue abierta por fin, la exclamación de Frida hizo temblar

las paredes.

—¡Benny, querido, eres un sol!

El abrigo de visón parecía hecho para ella. En un segundo, Frida estuvo llenando el lujoso abrigo y rozaba sus mejillas con la suave y exquisita piel, con un éxtasis conmovedor. Luego acudió a donde Benny la miraba, dio una vuelta en redondo, un saltito y se precipitó en sus brazos.

En aquel instante se abrió la puerta y apareció Skip Farrell.

—Siento molestar, Benny, pero ahí fuera está Ray «Dedos» Monaghan que dice traerle un asunto muy importante.

—Oh, Skip, ¿un hombre no puede estar solo con su chica en un aniversario? —protestó.

—Felicidades, pareja —rio Skip—. ¿Lo echo?

Benny lo pensó mejor. Sabía que «Dedos Dedos» Monaghan no decía que una cosa era importante, si no lo era.

—Aguarda. Hazle pasar.

Un minuto después entraba en el despacho del dueño del club un individuo bajito, delgado, enteramente vestido de negro, incluso la camisa, con excepción de una corbata blanca de seda. Con aquel uniforme, no habría policía que no lo mirara sospechosamente.

—¿Qué te trae por aquí, «Dedos»? —preguntó Benny.

—Skip dice que es algo importante.

El hombrecillo se pasó la punta de la lengua por los labios, en un rápido gesto que recordaba el de los reptiles, y miró a Frida y a Skip.

—Puedes hablar ante ellos, «Dedos». Son de confianza...

—En ese caso... —carraspeó—. ¿Te interesan joyas por valor de medio millón?

Benny silbó.

—¿Has dado algún golpe? No lo he leído en los periódicos.

—No...

—Entonces, vas a darlo.

Se encogió de hombros.

—Quizá.

—Sé más explícito, hombre. Nosotros no nos dedicamos a hacerte la competencia.

—No me gusta hablar de mi trabajo, Benny, y no es desconfianza. ¿Te interesa, sí o no?

—Puede interesarme.

—¿Las pagarías al contado?

—Sí; si me interesan. ¿Cómo son?

—Aún no lo sé.

—¿No lo sabes y conoces su valor?

—Bueno, tengo mis informes.

Benny fue a reunirse con el experto en cámaras acorazadas.

—Esta vez no trabajas solo.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Yo me fío de ti, pero no de quien desconozco. ¿Cuál es el nombre de tu socio?

—No estoy autorizado a decirlo. Debes fiarte de mí. Sabes que juego limpio.

—Esto es muy extraño, «Dedos». Hacía tiempo que no te acordabas de mí para estos negocios, porque decías que pagaba poco. ¿Qué te ha hecho venir esta vez?

—No hubiera venido tampoco hoy por mí voluntad, pero supongo que eres más seguro.

—Así ha sido él quien ha decidido que sea yo el que compre.

—Piensa lo que quieras.

—Sí; eso es evidente. Me está intrigando la identidad de tu socio, «Dedos»... Si él dice que soy más seguro que otros compradores, es porque me conoce bien y, quizá, yo a él. ¿Es algún antiguo amigo, Ray?

—No; solo te diré que no necesitábamos recurrir a ti, pero... aquí estoy. Las joyas valen medio millón; por trescientos mil son tuyas.

—No puedo dar más del cincuenta por ciento.

—De acuerdo. Sabía que dirías eso. Trato hecho. El domingo las tendrás.

Dio media vuelta y salió con paso reposado, sin otra despedida.

* * *

Benny Egan encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo. Sus ojos asustados miraron a Donald, como esperando de este algún veredicto.

—¿Conseguiste averiguar la identidad del socio?

—No.

—¿Qué ocurrió después?

—Recibí en el club una llamada telefónica el sábado por la noche. Era Ray «Dedos» Monaghan. Quería saber si continuaba dispuesto a comprarle la mercancía y le dije que, previamente, tenía que verla. Se mostró conforme y me dijo que acudiera a partir de las doce a la gasolinera que existe en el cruce de Artesanía Boulevard con Harbor Freeway. Allí tenía que pedir un sobre destinado al ocupante del vehículo con matrícula de California 8497.

—La matrícula de tu coche.

—Sí; fui a esa gasolinera y el empleado comprobó el número del sobre con las placas de mi coche. Luego echó una ojeada al interior, para asegurarse de que yo iba solo, y por fin me entregó el mensaje.

—¿Qué decía?

—Me indicaba que fuera al motel «Los Alamitos», en Sunset Beach, donde tenía el bungalow número seis, reservado a nombre de Aldo Moran.

—Y seguiste las instrucciones.

—En efecto. Una vez en el bungalow debía esperar una llamada telefónica.

—¿Tardó mucho?

—Casi una hora. Había llevado conmigo la botella de *whisky* y un periódico para entretener la espera. Por experiencia sé que en estos casos se precisa paciencia, así que aguardé. Por fin sonó el teléfono y la telefonista me dijo que el ocupante del bungalow número cinco quería hablar conmigo. Le dije que me pusiese, y oí la voz de «Dedos» Monaghan que me decía: «—Pasa rápido al número cinco, Benny, y ultimaremos el negocio». Luego colgó.

El *gangster* jadeaba por la intensidad de los recuerdos que le hacían revivir la serie de acontecimientos que le condujeron a aquella trampa.

—Y cuando pasaste al bungalow vecino, «Dedos» Monaghan ya estaba muerto.

—Así es.

Se pasó la mano por la frente, suspiró hondo y se incorporó para dar unos pasos.

—Cuando lo viste muerto te cogió miedo, ¿verdad, Benny?

—Sí; de pronto me di cuenta de la trampa que me habían tendido.

—Y no encontraste mejor salida que huir.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Hace años que la policía desea pillarme en un fallo. Esta vez no iba a salvarme ningún abogado, porque todo había sucedido con tal perfección que había dejado a mí paso rastro mayor que el de un elefante en un jardín.

—Sí; es cierto. Te identificarán el empleado de la gasolinera y el recepcionista del motel. Por si fuera poco, la telefonista testificará que «Dedos» Monaghan habló contigo aquella noche y te pidió que pasaras a su bungalow para terminar el negocio; porque estoy seguro de que pertenecerá a ese tipo de las que escuchan todas las conversaciones, de otra forma no hubieran elegido ese motel —Donald se incorporó para estirar las piernas —. Sí, Benny, estás listo.

—¡No te he llamado para que pronuncies mi epitafio, Don! —chilló

Egan, furioso, dándose un puñetazo en la palma de la otra mano.

—No solucionarás nada perdiendo la calma, muchacho —animó el detective—. Hay algo, al menos, de lo que estamos seguros; todo este asunto, del principio al final, fue una trampa destinada a cazarte.

—¡Rayos, sí! ¡El socio de «Dedos»! ¡El insistió en que yo comprara las joyas, a pesar de que Ray dijo que no me necesitaban! Pero si está claro como la luz del día; Debí haberme dado cuenta, pero el cuarto de millón de ganancia me cegó; fue un señuelo demasiado grande para mí cochina ambición.

—De nada valen las recriminaciones ahora, Benny. Lo que importa es averiguar quién era el socio de Monaghan.

—¿Crees que no he intentado saberlo? Estamos a miércoles, y el crimen se cometió en las primeras horas del domingo, poco después del robo. Desde que salí huyendo de allí, tengo a mis hombres investigando por los bajos fondos en busca del socio de Monaghan, pero no han tenido éxito. A pesar de que tengo muchos contactos en esas esferas, nadie sabe que «Dedos» tuviera un socio. Por eso te he llamado, muchacho.

Don recordaba perfectamente las informaciones de los periódicos. El cadáver de Monaghan se había descubierto el domingo por la mañana e inmediatamente la policía relacionó a «Dedos» con el ocupante del bungalow número seis, por medio del testimonio de la telefonista. Sabían por tanto que debían buscar a Aldo Moran, según el nombre del registro. Nada habían dicho todavía del empleado de la gasolinera y de la matrícula del coche; eran sin duda cartas que reservaba la policía para no alarmar a Benny Egan.

Los cabos que quedaban sueltos, respecto a motivos para el crimen, quedaron anudados el lunes cuando los empleados de la joyería «Oriental» se dieron cuenta del robo. Los periodistas habían compuesto frases ingeniosas a la sed del ladrón que le había hecho llevarse una botella de cerveza al «trabajo», botella que —con sus huellas— había olvidado más tarde sobre la mismísima caja fuerte.

Y las huellas fueron identificadas como las de «Dedos» Monaghan.

Ya no cabía duda, por tanto, sobre lo ocurrido. La policía solo tenía que atrapar a Benny Egan para cerrar el caso y pasárselo, con sello de urgencia, al fiscal; No había abogado en el mundo capaz de salvar a Benny de aquella acusación, y hasta el jurado más benévolo tendría que reconocer la culpabilidad del acusado, dadas las pruebas existentes.

—Sin embargo, había un socio, Benny, un cómplice. Monaghan lo reconoció y su muerte lo prueba. Un socio que preparó los hechos para que tú mismo cavaras tu tumba, sin importarle tener que matar a «Dedos».

—Así es, Don. ¿Qué ideas tienes?

—Nada especial. Solo me pregunto una cosa: ¿Qué perseguía realmente el asesino? ¿Realizar un robo perfecto, sin necesidad de repartir el producto del mismo con su cómplice, o librarse de Benny Egan?

El *gangster* dio un respingo.

—¡Diablos, Don! Creo que empiezas a plantear muy bien las cosas.

—En esto necesito tu ayuda. ¿Quién puede tener interés en que desaparezcas?

—Muchas personas —parecía vanagloriarse de ello—. He vivido siempre en la jungla, Don, sin respetar otra ley que la del más fuerte, pero, eso sí, jamás me he manchado las manos de sangre; nunca he matado ni he dado orden de matar. Mis muchachos solo han amenazado o «convencido» con sus puños a algún rival molesto. Nada más. Soy a mí modo una persona honorable, Don.

—Sin ironías, Benny.

—Ya sé que me reprochas mi manera de vivir, y que a tus ojos no soy una persona de bien, muchacho, pero la vida es dura y el que triunfa tiene que auparse por encima de los demás, sin miramientos.

—Nos estamos alejando del tema, Benny.

—Ya te lo he dicho; son muchos los que desearían verme muerto. Son gente ruin, sin personalidad ni temple; simples perros que aúllan al animal más grande, sin atreverse a atacar.

Monroe negó.

—Esos no harían una cosa así; simplemente te dispararían un tiro por la espalda. El socio de Monaghan le convenció de que tú eres más seguro.

—Cierto; y él parecía extrañado.

—Eso quiere decir que es alguien que te conoce bien. ¿Quién, de los que te rodean, podría beneficiarse con tu muerte?

Vio cómo Benny Egan quedaba paralizado por el estupor, al tiempo que sus mejillas curtidas perdían su coloración natural.

—¿Quieres... decir... que tengo una víbora entre los míos?

—No lo sé, Benny. Mi oficio es desconfiar para luego comprobar. No puedo pasar por alto ninguna posibilidad.

Benny se dejó caer en un sillón.

—Si tengo que desconfiar... todos pueden ser enemigos míos, Don. Pero no, tienes que estar equivocado. ¡Un hombre tiene derecho a estar seguro de sus amigos!

—En efecto, siempre que lo sean realmente. Pero además hay otra posibilidad, Benny. Imagina que Monaghan no ha sido asesinado por su socio.

—¿No? ¿Quién, entonces?

—Suponte que alguien conoció el negocio que ibas a hacer y decidió beneficiarse exclusivamente asesinando para ello a Monaghan y cargándote el muerto.

—Pero... ¿cómo iba a hacerlo? A nadie dije que iba a la gasolinera y mucho menos que «Dedos» me esperaba en el motel «Los Alamitos», porque ni yo mismo lo sabía.

Donald esbozó una sonrisa.

—Decididamente no tienes una mente criminal.

—¿Tú sí?

—Yo soy un detective, obligado a pensar en todas las posibilidades. Ya te lo he dicho antes.

Arrugó la frente, encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Era realmente Ray Monaghan el que te llamó el sábado por la noche?

Por el tiempo que tardó Benny en responder, Monroe comprendió que la duda anidaba en su pecho.

—Pues... él dijo que era «Dedos».

—¿Reconociste su voz?

—Sssí.

—¿Habíais hablado antes por teléfono?

—No; creo que *no.*

—En ese caso, no estás seguro de que fuera el propio Monaghan el que te indicó que fueras a la gasolinera.

Se hizo un nuevo silencio.

—Me haces dudar.

—Te hago pensar, Benny. Si estás seguro, dilo. Pero si tienes una duda, por pequeña que sea, no me la ocultes. Deja que sea yo quien decida.

La duda estaba dentro del torturado cerebro del *gangster.*

—De acuerdo. ¡No estoy absolutamente seguro de que fuese «Dedos» quien me llamara!

—Ni tampoco lo estás de que el que te telefoneara desde el bungalow número cinco fuera él, ¿verdad?

—Así es; me pareció muy apagada su voz.

Donald aplastó el cigarrillo en un cenicero de cerámica con motivos ornamentales de los pieles rojas.

—Por lo tanto, pudo llamarte el asesino, preparar esa serie de trampas destinadas a colgarte el muerto, y aguardar en el bungalow donde Monaghan estaba muerto hasta verte llegar. Te hizo esperar lo suficiente para darle normalidad al asunto, y luego te telefoneó permitiendo que la

telefonista se enterara de dos cosas: primera, que el ocupante del bungalow cinco estaba vivo, y segunda, que citaba al inquilino del seis para finalizar un negocio.

—Sí; ya sé que fui muy torpe.

—No; obraste de buena fe, y el asesino es muy listo. ¿Quién sabía que tenías pendiente ese negocio con «Dedos»?

Benny pensó unos instantes.

—Ya te lo he dicho. Skip Farrel y Frida Jensen estaban conmigo cuando «Dedos» me propuso la compra de las joyas. Luego creo que también lo comenté delante de Pinky Lee, el gerente de mi club, y además, consulté con mi abogado, Alex Portman, las consecuencias penales del negocio.

—O sea, que hay por lo menos cuatro sospechosos. Egan saltó.

—¡No puedes pensar eso, Donald Monroe! Son de confianza. No puedes suponer siquiera que Frida me haya hecho traición, o cualquiera de los otros.

—Yo determinaré esto.

Benny le cogió del brazo.

—¡No molestes a Frida!

—Veo que la quieres mucho.

—Es una gran chica.

—Las cárceles están llenas de hombres por culpa de grandes chicas. Cuatro sospechosos, si alguno de ellos no se ha ido de la lengua con sus amigos...

—¡Estás loco si piensas...!

—¿Qué otra pista puedo seguir, Benny? —preguntó suavemente el detective—. Tú mismo has dicho que tus hombres no han encontrado al socio de Monaghan. Nadie en los bajos fondos ha oído hablar de él. Eso podía significar que no existe, que no hay tal socio... Tú sabes que en vuestro círculo las noticias circulan con gran rapidez.

—Pero «Dedos» habló de un socio...

—No; Monaghan no refutó las insinuaciones tuyas de que él tenía un socio... No lo hizo, pero tampoco afirmó nada. ¿No encuentras sospechosa su actitud? Yo sí, francamente. Y pienso que Monaghan pudo dejarte creer eso para justificar que volviese a tratar contigo, después de una temporada en que no quiso negociar, por discrepancia en los precios.

—Antes parecías estar convencido de la teoría de un socio de «Dedos» que lo había preparado todo para acabar conmigo. ¿Por qué cambias ahora de idea, Don? ¿O es que quieres volverme loco?

—Estoy estudiando posibilidades, Benny. Solo eso. En este momento

no podría inclinarme por una versión u otra. Tengo que marcharme y empezar a comprobar datos antes de tomar una decisión.

—De acuerdo, muchacho. Llamaré a Pete y que te lleve a tu oficina. Con la capucha, por supuesto.

CAPÍTULO III

El coche se detuvo después de un largo recorrido y Pete le abrió la puerta, ayudándole a descender.

—Tómese con interés el problema del jefe, señor Monroe —exhortó.

Luego se cerró la portezuela y el vehículo salió disparado.

Donald se quitó la capucha y no reconoció el lugar en el que le habían dejado. La oscura masa del coche, con las luces apagadas, doblaba la esquina. No descuidaban ni un detalle para impedir que viera la matrícula o cualquier otro detalle que lo hiciera identificable.

Plegó la capucha y se la guardó, al tiempo que caminaba por el callejón tras el coche que le había llevado allí.

Cuando salió a la calle principal vio que estaba cerca de su oficina y caminó hacia ella, prefiriendo andar a tomar un taxi, a fin de ordenar sus pensamientos.

Recordaba las descripciones que le había dado Benny del encargado de la gasolinera y del recepcionista del motel, mientras se ponía la capucha y se preparaba para abandonar el escondite de su amigo. Con esas descripciones podría identificar a ambos individuos y empezar por ellos su investigación.

Pero antes tenía que encargar un trabajo a Vic Adams, el detective de noche.

Estaba en el despacho general, aporreando una máquina con fuerza, evidentemente furioso.

En cuanto le vio, saltó del asiento y corrió hacia él.

—¡Es indignante, Don! ¿Recuerdas la llamada de Sausalito Street...?

—Sí; era falsa, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Querían alejarte de aquí para que no pudieras echarme una mano.

—Vi tu mensaje al regresar y fui al Huntington Park, pero no vi nada.

—Aquello era también una falsa pista.

Adams trotó detrás de su jefe mientras este entraba en su despacho.

—¿Algo grave, Don?

—Yo estoy bien, no te preocupes. Y para tu satisfacción, te diré que las molestias que nos han causado esta noche las han pagado con esto.

Y le mostró el cheque por dos mil. Vic soltó un silbido impresionante y

exclamó:

—¿Cuándo repiten la broma?

—Ya no habrá más bromas; ahora tendremos que ganarnos el sueldo. Quiero que investigues varias cosas, Vic. Toma nota.

Su ayudante sacó una libreta y apoyó la punta de un lápiz en la blanca hoja de papel.

—Tráeme toda la información posible sobre el robo de la joyería «Oriental»; clase y valor de las joyas robadas, nombre de la Compañía de Seguros, pistas que sigue la policía, versión oficial de los hechos, nombre del propietario de la joyería y, en fin, todo lo que pueda tener significado.

—¿Te han contratado ellos y no te han dado estos datos?

—No trabajamos para la joyería, Vic, sino para un viejo amigo metido en un buen lío: Benny Egan.

Esta vez el silbido de Adams fue de sorpresa.

—¿El *gangster?*

—Es amigo, Vic. Y, además, inocente.

—¿De qué se le acusa? Porque el ladrón fue Ray «Dedos» Monaghan, según los periódicos. Por cierto que lo han encontrado muerto.

—A Benny le acusan de haberlo asesinado. Y nosotros tenemos que demostrar su inocencia.

Adams se guardó la libreta.

—¿Le has visto esta noche?

—Sí.

—Tú eres el jefe, Don, y sabes cómo manejar una agencia, pero debo decirte que estás obligado a reportarlo a la policía.

—Benny pensó en todo, muchacho, y por eso me raptó. Sí, como lo oyes. Prácticamente fui raptado y me cubrieron la cabeza con esta capucha —la mostró a su ayudante—. Me fue imposible ver el itinerario que seguíamos, así que no estoy encubriendo a un fugitivo de la justicia.

—No creo que la policía admita esas sutilezas.

—Sé que voy a tener líos, pero debo soportarlos por un amigo. Por tu parte, no te preocupes; obedeces órdenes mías y no tienes obligación de saber más. Yo daré la cara.

Vic caminó hacia la salida.

—La darás, vaya si la darás. Sobre todo porque es el teniente Palmer quien lleva esto.

—Sí; no va a ser fácil convencerle —admitió Don—. Tráeme datos tan pronto puedas, y si no estoy, déjame el informe sobre el escritorio.

Una vez en la calle fue a la zona de aparcamiento y entró en su «M. G.», sport, pintado de rojo. Un minuto después el motor petardeaba lanzado

el pequeño y rápido vehículo a gran velocidad por las pistas muy aligeradas de tráfico dado lo avanzado de la madrugada.

Miró su reloj antes de reducir la velocidad para entrar en la estación de gasolina de Artesia Boulevard. Eran casi las dos de la madrugada y empezaba a notar la fatiga.

Frenó suavemente y condujo hasta la cabina encristalada que se erguía entre dos postes de carburante. Un individuo rubio, de rostro aniñado y cabellos revueltos acudió a su encuentro. Don salió del coche y fue hacia él.

—¿Qué le pongo, señor? —preguntó el encargado de la gasolinera.

—Solo quiero una información. Es necesario que sea muy preciso para completar el expediente que estamos haciendo. Usted estaba de guardia en la noche del sábado al domingo, ¿verdad?

El rubio hizo un gesto de fastidio.

—¿Otra vez? Ya le he dicho a sus compañeros cuanto sabía.

—Sí, pero estas cosas las hacemos por duplicado para confrontar más tarde los resultados —a Don le interesaba que el otro le creyese policía—. A usted le entregaron un sobre para que lo diese al ocupante del coche matrícula California 8947, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién se lo dio?

—Ya lo he repetido; el muerto.

—Especifique, por favor.

—Sus compañeros me mostraron una fotografía del que robó la joyería, un tal «Dedos» Monaghan, y lo recordé; él era el que me dio el sobre para el tipo del coche. Luego me hicieron ir a la *morgue* para identificar el cadáver del tal Monaghan. Le aseguro que no fue nada agradable.

—Lo comprendo. ¿Por qué hizo usted ese servicio?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Monaghan me dio diez dólares por hacerle ese favor. Solo tenía que confrontar el número de la matrícula con el que me había escrito el sobre. Y asegurarme de que el tipo del coche iba solo. Por ese simple trabajo me ganaba diez dólares y... no vi nada ilegal en el asunto. ¿Usted sí?

El rubio estaba nervioso, con razón después de los sucesivos interrogatorios.

—¿Había usted visto antes a Monaghan?

—Nunca.

—Y cuando le hizo el encargo, ¿iba solo?

—Pues... aguarde; ahora que lo dice, me parece que en su coche había alguien más.

—Haga memoria, por favor.

—Sí; casi seguro que le acompañaba alguien.

—¿Cómo es que duda?

—Verá; no trajo el coche hasta aquí, sino que lo aparcó en la misma carretera. Me extrañó y le eché una ojeada, pero allá está demasiado oscuro, como puede ver. Pensé que se trataba de unos viajeros que desconocían la región, y uno de ellos venía para preguntarme alguna ruta.

—¿Recuerda el coche?

—Solo sé que era negro, un tipo de sedán, pero no vi la matrícula y no presté atención al modelo.

Donald pensaba rápidamente. Al parecer, con Monaghan viajaba alguien, que no podía ser otro que su socio en el robo. Si aceptaba aquello, tenía que admitir definitivamente que «Dedos» hizo el robo con la ayuda de algún cómplice o ayudante. La noche del sábado pasaron por allí, dejaron el sobre, y se dirigieron al motel.

Una vez en el *bungalow,* el socio mató a Monaghan y aguardó a que viniera Benny Egan para cumplir la última parte de su plan e inculparlo definitivamente.

—¿Quiere saber algo más? —preguntó el encargado.

—¡Oh, sí! —Don volvió a la realidad—. ¿Identificaría usted al conductor del coche California 8497?

—¡Lo he identificado! —asintió con firmeza.

—Explíqueme eso.

—Verá; uno de sus compañeros volvió después de que yo les dijera el número de la matrícula y me mostró una foto; los rasgos coincidían plenamente con el tipo al que le di el sobre.

—¿Sabe usted su nombre?

—¡Claro! Lo dijo el compañero de usted: Benny Egan, creo que es un *gangster.* Oiga, no me ocurrirá nada, ¿verdad? Quiero decir que ese tipo no lanzará sobre mí sus gorilas para *convencerme* de que me equivoqué en la matrícula y en la identificación posterior.

—Descuide; no le ocurrirá nada.

—Oiga, ¿cómo está tan seguro?

Pero ya había montado Monroe en su coche y abandonaba la gasolinera tras un gesto de despedida.

Una vez en la carretera, mantuvo la aguja del cuenta-millas rozando el noventa, mientras se decía que la policía había atado todos los cabos, y que aguardaba simplemente a detener a Benny Egan para empaquetarlo definitivamente. La identificación del encargado de la gasolinera había sido concluyente. No cabía duda de que el verdadero asesino había ideado el

crimen perfecto, del que iba a ser principal víctima un *gangster* hasta entonces escurridizo.

No tardó en llegar al motel «Los Alamitos», y cuando vio los cartelones anunciadores a ambos lados de la carretera, levantó el pie del acelerador, pisó el freno suavemente, y entró por la desviación hasta detenerse ante el edificio de la Administración.

No había nadie en recepción, excepto el encargado de servicio. Donald Monroe adoptó el aire inconfundible de los policías y preguntó, sin saludar siquiera:

—¿Estaba usted de servicio en la noche del último sábado?

Por la descripción de Benny, no había dudas, pero tenía que seguir la rutina.

El empleado abandonó el periódico en el que entretenía su sueño y parpadeó un par de veces.

—Sí, señor.

—Quiero comprobar algunos datos que ya nos ha dado, respecto a la investigación del crimen ocurrido en el *bungalow* número cinco.

—Estoy a su disposición, señor.

—¿A qué hora vino la víctima?

—Poco antes de las doce.

—¿Venía solo?

—Únicamente entró él aquí; ignoro si alguien le aguardaba en su coche.

—¿No comprueban ustedes eso antes de alquilar un *bungalow?*

—¡Oh, no! Somos discretos. Monaghan se registró como único ocupante del *bungalow.*

—¿Lo tenía reservado previamente?

—Sí, señor. Habíamos recibido una llamada telefónica solicitando reserva de dos *bungalows* contiguos para la noche del sábado al domingo. Uno para el señor Monaghan y otro para el señor Aldo Moran.

—¿Dieron esos nombres?

—Sí.

—¿Quién llamó?

—Lo ignoro. No se identificó.

—¿Qué ocurrió después?

—El señor Monaghan cogió la llave de su *bungalow* y fue hasta él en su coche. Más tarde, pasadas las doce, vino el señor Moran.

—¿Lo reconocería usted?

—Claro; los compañeros de usted me han mostrado una foto. Por cierto, que ese no es su verdadero nombre, sino Benny Egan.

—Lo sé. ¿Iba solo?

—Sí; puedo afirmarlo porque me preguntó dónde estaba su *bungalow* y salí para mostrarle el camino. Nadie le aguardaba en el coche.

—¿No le extrañó esa doble reserva de *bungalows* contiguos?

—En absoluto. Es frecuente que las parejas se reúnan así. Pero en esta ocasión, evidentemente, era una entrevista entre hombres de negocios que no quieren ser molestados. No podía pensar que iba a cometerse un crimen, ni que uno de ellos fuera un ladrón y el otro un *gangster.* Este es un motel honorable, y de ninguna forma nos beneficia esta publicidad.

—¿Llegaron a entrevistarse los dos hombres?

—Creo que sí; la telefonista afirma que se comunicaron por teléfono. Si quiere hablar con ella, la encontrará al final del pasillo, a mano izquierda.

—Sí; luego lo haré. ¿Cuándo descubrieron el cadáver?

—Muy avanzada la mañana; una de las doncellas llamó a la puerta del *bungalow* y no le respondieron. Entonces miró por la ventana y vio a Monaghan caído en el suelo.

—¿Cuándo se marchó el ocupante del *bungalow* seis?

—Lo ignoro. Nadie volvió a verlo. Sin duda, después de matar a Monaghan huyó.

—Todavía no está probado que él lo matara —replicó fríamente Monroe.

—Sí, señor —el recepcionista tragó saliva con dificultad.

—¿Ninguno de los dos tuvo visitas?

—No, señor. Al menos, que yo sepa.

—¿Y llamadas?

—La telefonista le dirá; ella misma estaba el sábado por la noche.

Don hizo una leve inclinación de cabeza, a guisa de despedida, y caminó por el corredor hasta el departamento de la telefonista. Se encontraba esta detrás de la consola, con los auriculares puestos, y escuchando muy interesada una conversación a través de la línea.

—¿Muy sabroso el diálogo?

Ella se sobresaltó y se quitó el casco, al tiempo que decía:

—Hum. ¡Le estaba diciendo a ella unas cosas...! —de pronto se dio cuenta de que no era el recepcionista, y enrojeció—. Pe... Perdone. ¿Puedo servirle en algo?

—Estoy investigando el crimen del cinco —espetó Don con gesto duro —. ¿Siempre escucha usted las conversaciones de los huéspedes?

—¡Oh! Yo...

Don se inclinó por encima del mostrador y cogió la barbilla femenina al tiempo que sonreía amigablemente.

—En esta ocasión esa inocente diversión suya va a servirnos de mucho

—la telefonista, una morena de ojos grandes y apasionados, y busto generoso retenido en un jersey estrecho, sonrió también, pero se retiró suavemente, aunque sin desaire—. ¿Es cierto que escuchó la conversación del cinco con el seis?

—Oh, pues... sí. Claro que fue muy breve y no me dio tiempo a cortar mi salida.

—¿Hacia qué hora se estableció esa comunicación?

—A la una y cuarto. Acababa de mirar el reloj porque me parecía una noche muy larga.

—Explíqueme exactamente cómo fue todo.

—El cinco levantó el auricular y se encendió esta luz en mi consola. Metí la clavija, pregunté lo que deseaba, y me dijo que le comunicara con el seis. Hice lo que me pedía, anuncié la comunicación con el cinco y... hablaron.

La telefonista se encontraba en su ambiente, cotilleando. Aquel asunto le parecía muy excitante porque se la veía entusiasmada con el relato.

Don le acarició el brazo, y esta vez ella no se retiró.

—¿Qué dijeron?

—El cinco —era la víctima, ¿no?—, bueno, pues él ordenó: «Pasa rápido al número cinco, Benny, y ultimaremos el negocio». Solo eso. Luego colgó. Es evidente que Monaghan iba a enseñarle las joyas robadas unas horas antes, para vendérselas sin duda. Discutirían por el precio y... Benny Egan, ese *gangster,* asesinó a Monaghan para quitarle las joyas. ¿No está claro?

La mano de Monroe siguió ascendiendo hasta el hombro femenino, y luego la atrajo un instante para besarla. La chica dio un respingo y rio:

—Caramba, usted es un polizonte muy atrevido.

—Me gustan las chicas despiertas como tú. ¿No hubo ninguna otra frase, nada significativo?

—No; solo se cruzaron esa frase. Y el seis no respondió. Me fijé muy bien.

—¿Ninguno de los dos hizo otra llamada?

—No; ya le digo... —se le arrugó la frente y Don apretó con fuerza el brazo femenino, aguardando tenso—. ¡Aguarde! Sí; ahora me doy cuenta de que hubo algo más. Llamaron del «Tropicana» y la telefonista de allí me dijo que pasara la comunicación al *bungalow* cinco.

—¿Una llamada del «Tropicana» para Monaghan?

—El recado no fue así. La telefonista dijo exactamente *bungalow* cinco. Yo no pregunté más y conecté.

—¿Qué hablaron?

El gesto de la muchacha era desolado.

—No lo sé. Tenía a un cliente aquí haciéndome el encargo de una conferencia y no pude escuchar, excepto la última frase. Aunque la conversación fue muy breve.

—¿Qué oíste? ¡Vamos, haz memoria!

—¡Oh, no me ponga nerviosa! Verá... El cinco decía, muy airado: «...Este no es el momento. Ya te llamaré». Y colgó.

—¿Esta llamada fue antes o después que la otra?

Pensó un instante antes de responder.

—Unos pocos minutos antes.

—Muy bien —Don empezaba a atar cabos—. ¿Quién hablaba desde el «Tropicana»?

—Lo ignoro.

—¿Hombre o mujer?

—¿No le digo que solo oí la voz del cinco?, diciendo: «...Este no es el momento. Ya te llamaré». Nada más que eso. No puedo deducir si era hombre o mujer su interlocutor.

Donald se retiró del mostrador y pellizcó la mejilla femenina.

—Me has ayudado mucho, pequeña. Cualquier día de estos pasaré a buscarte; estoy seguro de que eres una chica muy divertida.

—Puedes jurarlo —por primera vez ella le tuteaba, y su mirada prometía—. Después de pasarme tantas horas atada a este maldito oficio, ¿qué chica no estaría loca por divertirse?

Repitió una frase galante y abandonó el motel. Sabía mucho más que a su llegada, y al menos había comprobado bastantes cosas. Por ejemplo, que a Ray Monaghan le acompañaba alguien, a juicio del encargado de la gasolinera. No era arriesgado suponer que se trataba de su socio; es decir, del asesino. Este no había sido visto en el motel, pero no hacía falta tampoco para sostener su hipótesis, aunque otra cosa muy distinta sería cuando llegase el momento de aportar pruebas. «Dedos» había llegado al motel poco antes de las 12; era la última vez que había sido visto vivo. Poco después de esa hora apareció Benny Egan, bajo el falso nombre de Aldo Moran. Minutos antes de la una y cuarto se recibió una llamada del «Tropicana», para «el *bungalow* cinco», sin otra especificación. La telefonista supuso que era para Monaghan, porque ignoraba que había alguien más en la cabaña, justamente el asesino. El próximo interrogante era: ¿Quién había hablado con el «Tropicana»? ¿Monaghan o el asesino? Si pensaba en la hora, y en que unos minutos después Benny Egan era llamado a la trampa mortal, tenía que admitir casi con absoluta certeza que el propio asesino había hablado con el «Tropicana», con alguien de su

confianza, pues le había dicho: «...Este no es el momento. Ya te llamaré», mientras «Dedos» Monaghan yacía en el suelo, muerto. Podía imaginar claramente al asesino colgando el auricular después de aquella conversación telefónica, revisar la cabaña para ultimar todos los detalles y, siempre con guantes, hacer la llamada al *bungalow* seis a fin de atraer a Benny Egan. Terminada la conversación, saldría de la cabaña y se perdería en la noche, sin olvidarse de apoderarse de las joyas...

Donald disminuyó la marcha de su «M. G.», mientras se alejaba de los bellos parajes de Sunset Beach y regresaba a Los Ángeles. En el horizonte se marcaba la línea rojiza que presagiaba el próximo amanecer. Estaba cansado y excitado a un tiempo por la emoción de la caza. Miró el reloj; iban a dar las cinco. Solo tendría el tiempo justo de dar una cabezada antes de recoger a Marta en su apartamento.

Al encontrarse cerca de la zona residencial donde estaba el apartamento de su secretaria, decidió no ir más lejos y se detuvo ante el edificio. En el ascensor subió al piso donde ella tenía su apartamento, y por fin llamó al zumbador de su puerta.

Tuvo que esperar un par de minutos y repetir varias veces la llamada hasta que le pareció oír unos gemidos entre dientes al otro lado de la hoja de madera. Esta se abrió por fin y apareció Marta con los ojos cerrados y luciendo una escalofriante y corta prenda de dormir en seda malva.

—Se supone que a estas horas no son bien recibidas las visitas —protestó ella—. Además, estoy enfadada contigo, Don.

El detective entró y cerró la puerta. El malva de la seda hacía un contraste electrizante con las largas y morenas piernas. La cogió por la cintura para ayudarla a caminar hasta el dormitorio. Bajo la fina prenda, el cuerpo femenino seguía siendo lo más importante de este mundo.

CAPÍTULO IV

Vic Adams les miró críticamente cuando entraron en la oficina. Marta iba delante, caminando airosa, con un aire juvenil y desenvuelto que turbaba a los hombres que la miraban. Vic lanzó un silbido burlón.

—Tienes ojeras, Marta. ¿Descansaste bien?

Ella no le hizo caso y siguió adelante, hasta su despacho, cuya puerta cerró con fuerza. Vic se encogió de hombros y volvió la mirada hacia su jefe.

—Traes un inconfundible aire satisfecho, Don —comentó—. ¿Cuándo habrá boda?

—Admiro tu humor después de una noche en blanco, Vic —respondió el detective, pasando a su despacho—. ¡Qué mal aspecto tienes!

Vic se pasó la mano por las mejillas pobladas de barba.

—Estuve trabajando, Don; algo que se deja solo a los tontos. Te veo fresco y bañado, como una rosa —dijo con intención.

—Yo también estuve de un lado para otro toda la noche, hasta que fui a recoger a Marta.

—En ese caso es que ella es un bálsamo eficaz —rio.

Monroe pasó tras su escritorio y se sentó en el sillón basculante.

—No me gustan esas bromas, Vic.

La puerta que daba a la oficina general se abrió y entró el teniente Palmer, con el sombrero puesto y una cara rígida, como si acabaran de pisarle un callo particularmente sensible.

—Celebro que estén de broma, amigos —dijo a guisa de saludo—. Estoy necesitando algo verdaderamente gracioso para animarme.

Don sonrió al recién llegado.

—Déjale sitio al teniente, Vic. Nada más por ahora.

—No es preciso que se vaya —objetó el teniente, dejándose caer en el sillón reservado a los clientes—. Lo que tengo que decir va destinado también a él.

—Si no le importa, teniente, yo manejaré mi negocio, ¿eh? Vic Adams es solo un empleado mío, que recibe únicamente mis órdenes, y que no sabe nada más sobre el alcance de las mismas, ¿enterado? —Don mordía las palabras, aunque no dejaba de sonreír—. Despídete del teniente, Vic.

Su ayudante le comprendió y levantó una mano, en mudo saludo,

dejándolos solos.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el policía extendió su mano.

—Dame tu licencia, Don.

El muchacho se acomodó mejor en su sillón.

—¿Es algún nuevo chiste? Prosiga.

—¡No estoy de bromas! —chilló Palmer.

—En ese caso tendré que formarme un juicio peor de usted, teniente. Vamos, ¿no somos amigos? ¿Por qué hemos de peleamos?

—¿Quién dijo que lo somos? ¿Desde cuándo un policía y un detective han podido verse?

—Supongo que desde que se inventaron las reglas de urbanidad.

—Muy gracioso —el acento de Palmer era ácido, peligroso—. Tarde o temprano los detectives como tú tropiezan con la Ley, a pesar de que conocen muy bien las reglas del juego. Pero se creen listos y acaban equivocándose.

—Usted se está refiriendo a Benny Egan, ¿verdad, teniente?

—Vaya, lo admites. Pero no va a servirte de nada... Monroe señaló con el índice al pecho del policía.

—Su corazón, teniente. Cuídelo.

—¡Al diablo...! —empezó, para cerrar la boca como los dos aros dentados de un cepo y añadir—: Te he pedido la licencia, Don.

—Usted piensa que estoy encubriendo a un fugitivo de la justicia, ¿verdad? Si eso fuera cierto, yo estaba listo y podía despedirme de mi licencia.

—Vaya; empiezas a recordar la lección.

—Solo que hay varios puntos flojos, teniente. Uno es, por ejemplo, ¿quién ha dicho que Benny Egan esté reclamado por la Ley? ¿Ha publicado usted su orden de captura en los boletines de la policía? ¿Lo ha comunicado a los periódicos?

El policía cruzó las manos sobre su estómago.

—Vaya, olvidé que eres también abogado. Un chico listo, sí —gruñó, como contrariado—. Cuando, anoche, fuiste a ver a Benny Egan no podías saber que nosotros lo buscábamos, ¿verdad?

—Claro.

De pronto, los ojos del policía se animaron.

—Así, que anoche lo viste.

—Efectivamente.

—¡Bien, te atrapé! —chilló, saltando de la butaca y dando un puñetazo en la mesa—. ¿Dónde está? ¿Cuál es su escondite? No trates de protegerlo, aunque seas amigo suyo y le debas favores, porque arruinarás tu carrera.

¡Vamos, habla!

Don esperaba aquello y no pareció inmutarse por las amenazas.

—No lo sé.

—¿Tan tonto me crees? —inquirió el policía, furioso.

—Y usted, ¿me cree tan estúpido como para negarme a cooperar con usted, sabiendo que es mi obligación? Piense un poco, Palmer, y se dará cuenta de que estoy jugando limpio.

—Y pretendes que me crea eso de que lo viste y no sabes dónde está.

—Exacto. Así es —y sacó la capucha del bolsillo de su chaqueta—. Ahí tiene la explicación.

—¿Qué es eso?

—Una capucha. Póngasela y verá cómo le es imposible captar ni un solo detalle de lo que le rodee. Anoche, dos amigos de Benny me sacaron de mi oficina y me pusieron esta capucha para llevarme al escondite de su jefe. Allí hablé con él, me contó su historia y me pidió ayuda. Luego, nuevamente encapuchado, me devolvieron al centro.

—¿Y pretendes que acepte esa explicación?

—Le queda otro camino, teniente; llevarme ante un comité y probar que sus sospechas son ciertas y que estoy protegiendo a un fugitivo de la Justicia, escondiéndolo donde ustedes no puedan hallarlo. Temo que va a resultarle difícil.

Palmer estuvo a punto de fulminarle con una mirada, resopló y lentamente volvió al sillón.

—Le propongo un trato, teniente. Me interesa tanto como a usted capturar al asesino de Ray «Dedos» Monaghan, así que le ayudaré al máximo y le contaré cuanto vaya averiguando.

—¡El asesino ya lo conozco yo! —gritó—. Solo me falta capturarlo, y no tardaré mucho. Esta vez Benny Egan ha ido demasiado lejos.

—Él es inocente.

—¡Vaya! Qué novedad. ¿Por qué estás tan seguro? ¿Solo porque es tu amigo, porque te pagó la carrera y luego te puso esta oficina?

Las mejillas de Monroe enrojecieron.

—Devolví hasta el último céntimo a Benny, teniente, y lo que usted insinúa me ofende. Tengo un gran sentido de la justicia y de la Ley, y soy incapaz de venderme por unas monedas. Por eso me aparté de Benny, aún doliéndome mucho. Reconozco que su vida no ha sido limpia, pero hasta el más miserable hace alguna vez un acto bueno, y Benny los hace al pagar unas becas en la Universidad. No quiere él con eso limpiar sus culpas, sino hacer algo acorde con sus verdaderos sentimientos. Por lo que respecta a la muerte de Monaghan, él es inocente. Me lo ha dicho y le creo. Fue llevado

a una trampa, y él cayó en ella. Lo prueba el hecho de que me haya pedido que busque al verdadero asesino. Si él fuera culpable, ya no estaría en el país.

Después de la apasionada defensa, Don cerró los ojos y se recostó en su sillón, mientras Palmer decía:

—¿Quién me asegura a mí que no estés representando una comedia para distraernos, mientras Benny liquida sus negocios y con todo el dinero que pueda recoger desaparece...?

—En sus manos está impedir que salga de la ciudad; controle a todos los viajeros.

—¿Por cuánto tiempo crees que puedo dificultar la salida y entrada de viajeros en la ciudad? Medio millón de vehículos entran y salen diariamente por las distintas carreteras... ¿Es fácil cribar cada uno de esos coches?

—No; no lo es.

—Sin contar con el hecho de que seguramente, Benny Egan está ya fuera de la ciudad.

—Yo diría que no. Por la duración y características del viaje, podría decir que Benny se ha escondido en algún barrio residencial.

—Bien, Monroe. Por el momento no puedo hacer nada, sino esperar. Esa es la principal virtud de todo policía; porque un delincuente cae tarde o temprano. Si me has engañado...

—Estoy diciéndole cuanto sé, teniente. ¡Por el amor de Dios, olvide sus sospechas!

Palmer encendió un cigarrillo y fumó durante unos instantes.

—He sabido que esta noche has hecho preguntas en la gasolinera de Artesia Boulevard y en el motel «Los Alamitos», haciéndote pasar por policía. Con eso me bastaría para encerrarte.

—Eso no es exacto, teniente. Dejé que ellos lo creyeran.

—Bien, ¿qué has averiguado?

Don alzó la mano.

—¿Quiere eso decir que vamos a cooperar?

—No estás en disposición de imponer condiciones. Suelta lo que sepas de una vez y yo decidiré.

—Espero que sea usted un caballero. Le diré todo, incluso lo que Benny me contó.

Se incorporó y paseó por el despacho ordenando sus recuerdos. Luego, recostado en la ventana, le dijo al policía cuanto había ocurrido desde que el día anterior recibiera la carta con el cheque por dos mil dólares. Palmer le escuchó en silencio, tomando notas de cuando en cuando, y por fin el

detective suspiró:

—Eso es todo, teniente. Ya sabe tanto como yo. Cómo ve, todo era una trampa para cazar a Benny Egan, o para echar sobre él las culpas de estos delitos. ¿No le parece absurdo que «Dedos», tan cuidadoso siempre, olvidara sobre la caja que robó una botella de cerveza con sus huellas?

—Mucho más absurdo me parece que su cómplice, después del robo, volviera a entrar en la joyería y pusiera allí la botella para indicamos el autor del desvalijamiento.

—¿No le convence nada de lo que le he contado de la inocencia de Benny?

—En absoluto. Este es el caso típico de estos rufianes. Uno hace un robo, y trata de vender las joyas. El comprador y él discuten por el precio, se pelean y uno muere. El asesino completa su «trabajo» llevándose las joyas. Está claro como la luz del día.

Se incorporó y fue a la puerta.

—Gracias por su información, muchacho. Nos faltaba saber que Monaghan había ofrecido a Benny las joyas días antes del robo; así tenemos ya el caso completo.

El detective lanzó una maldición sin importarle que el policía pudiera escucharle, y añadió algo respecto a los tenientes que jugaban con ventaja.

Desde la puerta. Palmer se volvió y sonrió como un zorro que tiene bien sujeta entre sus garras a la mejor gallina del corral.

—Por esta cooperación tuya, olvidaré de momento que estás ayudando a un fugitivo de la justicia. Porque ahora ya sabes que busco a Benny Egan, ¿verdad?

Salió y cerró definitivamente. Casi al instante se abrió la otra puerta que comunicaba exclusivamente con el despacho de Marta, y esta entró con expresión preocupada.

—Escuché a través de la cerradura y tomé nota taquigráfica de la conversación. ¿Te sirve de algo?

—No; no creo.

La muchacha miró insistentemente a su jefe.

—¡Estás en un apuro! No me habías dicho nada.

—No ha habido ocasión. Sí —suspiró—, es un caso difícil, pero debo triunfar. Benny confía en mí.

—Si puedo ayudarte...

—Supongo que algo podrás hacer.

Marta le cogió de los hombros y le besó suavemente en la comisura de los labios.

—Don, no te preocupes. Todo se solucionará.

—Gracias.

—Y otra cosa: Vic. Me molestan sus insinuaciones. Don acarició la barbilla femenina.

—Es envidia.

—Sí; pero daña mi reputación. Una chica tiene que cuidar esas cosas. Creo que... tendré que marcharme, Don.

—¿Por qué?

Ella se apartó.

—Eres egoísta, Don. Solo te preocupas de ti. Me dices que te gusto y te crees con derecho a todo. Y luego te burlas de mí, como anoche...

Sonaron unos golpes en la puerta y Monroe respondió:

—Un día de estos cenaremos juntos y... ¡Adelante!

Vic empujó la puerta.

—Quisiera irme a dormir, si es posible. Por eso me gustaría darte el informe. ¿Difícil el teniente?

—No demasiado.

Vic Adams cruzó ante Marta y le guiñó un ojo.

—Hola, muñeca. Confiaba en que el teniente encarcelara a Don para toda la vida, a ver si así me hacías caso.

—¿No miras muy alto, Vic?

Salió contoneándose, y el detective movió la cabeza a un lado y a otro.

—¡Qué carácter, Don!

—¿Qué has averiguado?

Adams sacó una libreta y consultó sus notas.

—La Joyería «Oriental» está a nombre de Nora Simpson, una rica heredera, tan dura como uno de sus diamantes. Su esposo, Morgan Simpson, es un experto en toda clase de joyas y es realmente quien dirige el negocio. Tienen un seguro con la «California Assurances, Co.», que será la que abonará el medio millón que valen las joyas robadas, si no aparecen. El lote consiste en dos collares de brillantes montados en platino, dos pares de pendientes y tres sortijas. Son piezas espléndidas. He visto las fotografías en Jefatura y la piedra más pequeña es como un garbanzo. El robo se cometió después de la hora de cierre, el sábado. La caja la abrieron sin forzarla, no en vano «Dedos» Monaghan era el mejor experto de la costa. Las señales de alarma no funcionaron porque, previamente, un experto manipuló en ellas. Todo fue perfecto. Lo único realmente estúpido fue que Monaghan olvidara la botella de cerveza sobre la mismísima caja fuerte.

—¿Quién descubrió el robo?

—El gerente de la firma, en la mañana del lunes, cuando abrió la caja con las llaves y la combinación que le había dejado Morgan Simpson, que

el viernes había salido con rumbo a Nueva York, en viaje de negocios.

—¿Cómo se llama el gerente?

—Clay Warren. No era la primera vez que se encargaba de esta operación, pues Morgan Simpson viaja con frecuencia.

—¿Qué hay de Monaghan?

—Descubrieron el cadáver en la mañana del domingo. El forense determinó que había muerto alrededor de la medianoche anterior, con un error de una hora. La policía supo que los *bungalows* cinco y seis habían sido reservados por teléfono, que los ocupantes de ambos habían llegado en torno a las doce, y que Monaghan llamó a Benny Egan, que se hacía pasar por Aldo Moran, invitándole a que pasara a su cabaña para hablar de negocios. Encontraron huellas de Benny Egan en los dos *bungalows,* y tanto el encargado de la gasolinera de Artesia Boulevard como el recepcionista identificaron las fotos de Benny presentadas por la policía. En suma, todo acusa a nuestro cliente, y no daría un centavo por su piel.

Monroe se incorporó y encendió un cigarrillo.

—Eso es todo —terminó Vic, cerrando su libreta.

—De acuerdo. Vete a dormir. Pasa por aquí esta tarde, ya que tendré trabajo para ti.

—¿Te ha servido de algo todo esto?

—Supongo que sí. Jamás una investigación es infructuosa. Hasta luego, Vic.

Abrió la puerta del despacho de Marta y anunció:

—Voy a realizar unas gestiones. Si llegara un mensaje de Benny, informa que necesito verle y que preparen una nueva entrevista. Si pregunta la policía, no sabes nada. Cuidado con las conversaciones por teléfono, ya que estará intervenido, sin duda. Palmer sigue creyendo que yo le llevaré hasta Benny, y no dejará de intentar todos los trucos.

Salió a la calle y se detuvo en la acera, el tiempo justo para arrojar el cigarrillo y pisarlo. Eso le dio tiempo para echar una ojeada a su alrededor. Cuatro coches detrás de su «M. G.»; había un «Buick», azul y blanco, cuyo conductor, al verle, plegó el periódico que leía.

Don entró en su pequeño sport y se despegó del bordillo. Por el retrovisor vio que el «Buick» se incorporaba también al tráfico.

«Nos divertiremos», pensó Don.

CAPÍTULO V

Durante un cuarto de hora Don mantuvo su «M. G.», dentro de los límites normales del tráfico, dejándose llevar por la densa corriente automovilística hacia el centro. Vigilaba el «Buick» azul y se divertía viendo los esfuerzos del conductor para mantenerse a una distancia prudente, tenso y atento como un galgo tras la imprudente liebre.

Luego, cuando lo confió bastante, apretó de pronto el acelerador y, valiéndose de la facilidad de maniobra de su coche y del reducido espacio que necesitaba para moverse, fue adelantando a los que le precedían, zigzagueando con precisa habilidad, mientras el pesado y potente «Buick» quedaba atrás, sin posibilidad de imitar al pequeño sport.

Donald lanzó una carcajada al ver el resultado favorable de su treta y murmuró:

—¡Recuerdos al teniente Palmer!

Despreocupado ya de su perseguidor, desvió su camino hacia el lugar adonde deseaba ir desde un principio; la sede de la «California Assurances, Co.». Cuando estuvo ante el gran edificio metió su coche en la zona de aparcamiento y en uno de los ascensores de aluminio y cristal, ultrarrápidos, subió al piso quince, donde Maurice Barry, investigador en jefe de la Compañía, tenía sus oficinas.

Una secretaria raptada de Hollywood le miró inquisitivamente cuando empujó la encristalada puerta y preguntó por Barry.

—¿Tiene cita con el señor Barry? —preguntó fríamente.

—No la necesito para verle, muñeca. ¿Por qué no mueve su precioso cuerpo y le dice que Don Monroe está aquí?

La muñeca de precioso cuerpo le miró con el aire de una reina ofendida y acabó por contonearse en dirección a la puerta de caoba con letras de bronce que cerraba el despacho de Barry.

Un minuto después, este aparecía en la puerta jovialmente.

—¡Don, viejo *gangster!* ¿Qué haces aquí? ¿Has decidido hacerte un seguro de vida?

Se abrazaron. Habían sido compañeros en la Universidad y buenos amigos. Ambos habían elegido carreras similares, solo que Barry era metódico y no le importaba sujetarse a una disciplina. Por eso había llegado alto en aquella Compañía.

—No estarías aquí si no tuvieras un problema, Don —afirmó Barry haciéndole sentar en un cómodo sillón, en la enorme oficina de paredes de cristal—. ¿Dónde entro yo?

—Se trata del robo de la «Oriental».

El rostro de Barry se nubló.

—¡Oh! —la exclamación era cautelosa, y Don se dio cuenta de que Barry estaba al tanto de la acusación de la policía contra Benny Egan, y de que él era amigo del *gangster.*

—Benny Egan no está ligado a este caso, Barry —advirtió Monroe, tratando de ser persuasivo—. Sé todo lo que piensas, y conozco las pruebas existentes contra Benny, pero él es inocente. La demostración la tienes en que intento buscar al verdadero culpable.

Maurice Barry cruzó las largas piernas y se miró la punta brillante de sus zapatos negros.

—Lo eres honradamente, pero, ¿no te cegará la amistad?

—En absoluto.

—Hay algo que siempre he admirado en ti, Don —exclamó el investigador de la Compañía—: Tu fidelidad.

—Gracias, es un bonito cumplido, pero he tomado este caso profesionalmente. Tengo indicios que me permiten asegurar que Benny es inocente... No; no tengo pruebas válidas ante un jurado —añadió, antes de que su amigo le interrumpiera—. Si las tuviera, no estaría aquí.

—Bueno —Barry había recobrado su buen humor—, de cualquier forma yo no soy policía, fiscal, juez o jurado, de modo que no puedo influir en el futuro de Benny Egan.

—No te pido clemencia, sino unos datos.

—Si puedo dártelos...

—Se refieren a las circunstancias en que se cometió el robo. Imagino que lo habrás investigado.

—En efecto.

—Dicen que encontraron una botella de cerveza sobre la caja, con las huellas de Monaghan.

—Así es. ¡El muy tonto...!

—Y estarían también en la caja fuerte.

—No.

—¡Vaya! ¿Utilizó guantes para manipular el mecanismo, y se los quitó para beber la cerveza?

Barry esperaba aquello porque sonreía amablemente.

—No, muchacho. Monaghan compró la cerveza en algún lugar, cuando no llevaba puestos los guantes y dejó sus huellas. Luego, al entrar en la

joyería, usó guantes todo el tiempo, pero ya había marcado la botella.

—Y cometió la incalificable torpeza de olvidarla.

—Sí —suspiró Barry—. Hasta el criminal más inteligente olvida siempre algún cabo suelto. De ahí que, por fortuna, haya tan pocos crímenes perfectos.

—Sí; es un consuelo para la gente honrada. ¿Cómo es la caja fuerte? ¿No tiene cerradura?

—Naturalmente. Piensas en la llave, ¿verdad? Sí; es una buena pregunta, pero «Dedos» era un tipo muy concienzudo y experto. Conocía todos los modelos de cajas tan perfectamente como sus constructores. Proporcionarse una llave no era mucho más fácil que encontrar la combinación sirviéndose únicamente de su oído.

Los investigadores habían estudiado todas las posibilidades, pensó Monroe mientras buscaba algún resquicio por el que abrirse camino en aquella confusa trampa.

—¿Habéis establecido de qué forma entró en la joyería? ¿Forzó alguna puerta?

—No; todo estaba aparentemente intacto, excepto la botella en el despacho del señor Simpson, donde se encuentra la caja, y el contenido de esta.

—¿Qué se llevó «Dedos»?

—Dos collares, dos pares de pendientes y tres sortijas. Todo en brillantes y platino. Medio millón, según nuestro seguro.

—¿Solamente había eso en la caja? ¿No había otras joyas o dinero?

Barry carraspeó. Don se dio cuenta de que allí estaba el resquicio buscado.

—Pues... sí. Dejó otras muchas joyas, claro que menos valiosas individualmente.

—¿Cuánto valía lo que despreció Monaghan?

—Ejem... Otro medio millón, por lo menos.

—Estuvo generoso, ¿eh?

—Bueno, quizá pensó que aumentaría su riesgo si llenaba el mercado, de pronto, de joyas robadas. Ya sanes que eso lo vigilamos mucho, y que, aunque se desmonten las joyas, siempre es posible reconocer una piedra valiosa, a no ser que sufra una nueva talla, con lo cual se reduce su valor grandemente. Al haber muchas joyas robadas, siempre encontramos una u otra, y a través de los peristas podemos hallar al ladrón. Monaghan pensaría en ese detalle, y quiso ser prudente.

—Y su prudencia le llevó a no coger el dinero que había en la caja.

—¿Cómo sabes que había dinero?

—Lo supongo. Los sábados por la tarde no funcionan los Bancos, de modo que la recaudación debe guardarse en la caja hasta la mañana del lunes. ¿Me equivoco?

—Eres un chico listo, Don. Sí; había cheques por valor de veinte mil dólares, absolutamente incobrables, por supuesto.

—¿Y en metálico?

—Unos cinco mil, quizá.

—De los cuales no tocó ni un centavo.

—Así es.

—¿No crees que esa era la ganancia más limpia que iba a tener de su «trabajo»?

—Sin duda, y he pensado mucho en eso. Únicamente puedo suponer que Monaghan despreció esa cantidad por considerarla calderilla, comparada con el medio millón que se llevaba.

—Vendido a un perista suponía la mitad de esa cifra.

—Aún así era un buen pellizco.

—¡Hum!

—¿Por qué te interesa tanto el robo, Don? Lo que le importa a Benny no son los motivos que tuvo Monaghan para hacer una cosa u otra, sino la identidad de la persona que le mató... si realmente él es inocente.

—Mi teoría es que el robo de la joyería y la muerte de «Dedos» van unidas para tender una trampa a Benny Egan. Por eso quiero empezar por el principio.

—Te he dicho cuanto sé del asunto.

—Faltan algunos detalles. ¿Ha habido otros robos en la «Oriental»?

—No.

—¿Consideras eficaz su sistema de alarma?

—Es muy moderno.

—Pero no funcionó.

—Es evidente que Monaghan inició su trabajo bloqueando la alarma.

—¿Es eso fácil?

—No; por lo menos tan difícil como abrir la caja.

—En ese caso podríamos decir que el robo no fue sencillo.

—Por el contrario, sumamente complicado, pero realizado con toda perfección, por un verdadero artista.

—«Dedos» lo era, pero... ¿trabajó solo?

Monroe se puso en pie y vio cómo en la frente de Barry aparecía un pliegue vertical.

—¿Estás pensando en algo, Don?

—Sí; creo que sí. Os habéis dejado llevar por las evidencias tan claras

que encontrasteis en vuestro camino, sin pensar en que podía ocultar otra cosa. ¿Es de confianza el personal de la joyería?

—Por supuesto. He comprobado esos detalles.

—¿Por ejemplo?

—Empezando por arriba, te diré: Nora Simpson, la dueña, estaba en su casa de Bahía Hermosa, pasando el fin de semana en la playa; su marido, Morgan Simpson, se encontraba en Nueva York, en viaje de negocios. Aquella tarde él llamó a su esposa desde Nueva York. El gerente, Clay Warren, ingresó aquella misma tarde en una clínica para someterse a observación durante el fin de semana y establecer si tenía una úlcera gástrica. El administrador, Lionel Dayton, pasó el fin de semana en San Fernando, en una pequeña finca propiedad del marido de su hija. Estuvo con ellos hasta el lunes. Por lo que respecta a los restantes empleados, ninguno tiene llaves ni oportunidad para conocer la combinación de la caja o del sistema de alarma.

Monroe palmeó el brazo de su amigo.

—Me has evitado una larga investigación, Barry. Gracias por todo.

Fue a salir, pero el investigador de la Compañía le retuvo.

—Te he dado todos los datos, pero no te he sacado ninguno nuevo, Don.

—Es que no los poseo. ¿Cuándo pagaréis el seguro?

—Después de lo que me has dicho, tardaré todo lo posible. El caso no está cerrado, y las joyas pueden aparecer todavía.

—Haré lo posible por evitar a tu Compañía ese pago, Barry. Te llamaré cuando sepa algo.

Cruzó la oficina exterior, no sin lanzar una ojeada a la secretaria, que levantó la barbilla en gesto altivo, y bajó a la calle. Cerca había un snack-bar, y desde su cabina telefónica llamó a su oficina. Marta le informó.

—Ha llamado el abogado Alex Portman, y desea verte. Dice que sería interesante una entrevista entre ambos, para trabajar de mutuo acuerdo.

—Bien; telefonéale para avisarle que voy hacia allí.

Volvió a su «M. G.», y se dirigió al edificio donde tenía su despacho el abogado de Benny Egan. No se sorprendió en absoluto al encontrarse en el aparcamiento al «Buick» azul que le había seguido al salir de su oficina. Eso le confirmaba algo que ya sospechaba; la policía había intervenido su teléfono.

Bajó del coche, cruzó ante el «Buick» y, burlonamente, saludó al ocupante del mismo, como si fueran viejos conocidos. Vio el sobresalto del policía de paisano, y rio alegremente ante su turbación.

Le aguardaba Portman y no le hizo esperar. El prestigioso abogado

tenía todo el porte de un patricio romano. Su nariz aguileña le delataba como un hombre ambicioso, y los labios gruesos hablaban de su debilidad ante los placeres de la vida. Pero poseía el secreto de imponerse a los jurados con su magnetismo personal, y conocía los vericuetos de la Ley mucho mejor que los legisladores.

—He recibido una llamada de Benny, pidiéndome que me pusiera en contacto con usted, señor Monroe —empezó Portman, al tiempo que le indicaba un sofá de tres plazas, para que tomara asiento.

—Cuide con el teléfono, abogado. La policía tiene intervenido el mío y apostaría doble contra sencillo a que han hecho lo mismo con el suyo. El teniente Palmer piensa que nosotros, tarde o temprano, le llevaremos hasta Benny Egan.

—Gracias por el aviso. ¿Ha averiguado algo hasta ahora?

—Nada aprovechable, aunque espero tener éxito. Tengo en la mano todos los hilos de la trama. Por cierto, usted sabía que Monaghan le había ofrecido a Benny esas joyas.

—Sí; me lo consultó.

—¿Dio usted su asentimiento?

—Si respondiera afirmativamente, me incriminaría, mí querido amigo. Como abogado, conozco la Ley, y le advertí las consecuencias que podía tener su acto.

—Y él decidió comprar.

—Nunca me comunica sus decisiones, si no me afectan.

—¿Sabía usted dónde y cuándo tendría lugar el encuentro entre Benny y Monaghan?

—No; pero por lo que puedo deducir, usted está interrogándome, mi joven amigo. ¿Significa eso que me considera sospechoso de algo?

Donald le mostró la dentadura en sonrisa que pretendía ser amistosa.

—Un crimen es como un rompecabezas. Primero debo identificar cada pieza del problema y luego, tratar de ensamblarlas. Ahora estoy en la primera fase.

—¡Diablos! Parece un abogado, por lo escurridizo.

—Me gradué en Leyes.

—Aunque soy viejo, sigo teniendo buen olfato —se congratuló Portman—, pero no me gusta que me consideren sospechoso de nada.

Donald se incorporó.

—No lo tome a mal. Si sabe algo más, dígamelo. Por mí parte, le informaré de lo que vaya averiguando.

De regreso en la calle vio que el «Buick» había desaparecido, sin duda al advertir su conductor que él le reconocía como su «sombra». Habría

informado por radio de aquella circunstancia, y le habrían ordenado retirarse para ceder el puesto a otro compañero, con un automóvil distinto.

Se introdujo el muchacho en el «M. G.», lo puso en marcha, y se apartó de la acera. De momento no vio nada por el retrovisor, y se extrañó. No era lógico que hubieran abandonado su pista, sin motivo, precisamente cuando sus movimientos podrían conducirles a la guarida de Benny Egan.

Dio la vuelta a una rotonda, y entonces se fijó en un «Dodge-Dart», gris acero, que se había incorporado al tráfico procedente de una vía lateral.

Pausadamente, Don siguió conduciendo, sin apartar sus ojos del «Dodge». Casualmente, este seguía su misma ruta, manteniendo invariablemente unos cincuenta metros de distancia entre ambos.

«Bien, muchacho, eres más prudente que tu compañero, pero tampoco te servirá. No me importa mucho que me sigas, pero quiero vengarme del teniente por su falta de cooperación», pensó, entre dientes.

Apretó el acelerador y el motor rugió con fuerza, subiendo en unos segundos la aguja del cuenta-millas. Sin hacer señal de maniobra, viró a la derecha, se metió por una avenida lateral cuyo nombre desconocía y enfiló el Stack, la gigantesca intersección de carreteras que encauza en cuatro planos distintos el gran tráfico de Los Ángeles. Por allí rodó a gran velocidad, dada la facilidad de maniobra, y recorrió, como en un tobogán, la red de carreteras superpuestas, pasando de una dirección a otra, sin objetivo fijo, solo con el deseo de confundir a su perseguidor.

Este fue quedándose atrás, por dificultades del tráfico, y poco después lo perdía de vista.

Regresó Monroe, dando un rodeo, y cuando se encontró a la vista de una parada de taxis detuvo el coche y lo aparcó junto al bordillo. Estaba casi seguro de que su perseguidor había comunicado su nuevo fracaso a la Central, y de allí habrían dado orden a las patrullas de buscar el «M. G.», rojo, de su propiedad.

Cuando subió al taxi se imaginó el gesto de rabia de su «sombra» al encontrar el anhelado coche sport, sin su propietario dentro.

CAPÍTULO VI

Clay Warren miró la cartulina largamente y luego la hizo girar entre sus dedos distraídamente. El gerente de la joyería «Oriental», dijo por fin:

—Así que usted es un detective —y volvió a examinar la tarjeta de visita—. Bien, señor Monroe, ¿en qué puedo servirle?

—Le agradecería respondiera a alguna de mis preguntas.

Estaban en el despacho del gerente, con mobiliario sólido y elegante, aunque la habitación no era muy espaciosa. Además de la puerta de entrada, había otra, igualmente de caoba, que daba sin duda al despacho de Morgan Simpson, donde debía estar la caja fuerte.

—¿Puedo preguntarle por cuenta de quién investiga?

—Oh, claro, no es un secreto; trabajo para Alex Portman.

—¿El abogado?

—En efecto.

—Pero él, a su vez, tendrá un cliente.

Donald sonrió amablemente.

—Nunca le hago esas preguntas al señor Portman; se pone terriblemente furioso.

—¡Oh! —Warren estaba receloso como un gato, inesperadamente enfrentado a un mastín—. En ese caso, no creo que pueda serle de mucha utilidad. Comprenda, necesito saber qué uso van a dar a mis palabras.

—Es muy lógica su postura, señor Warren, pero yo imagino que a ustedes les interesa aclarar todo lo relacionado con el robo, ¿no es así? De otra forma, cabe la posibilidad de que no se encuentren nunca las joyas, y entonces debamos pensar que, puesto que nos pusieron impedimentos para investigar, hay algo en ustedes que no está suficientemente claro.

La expresión del detective era asombrosamente amable y beatífica. Warren apretó los labios con fuerza, pero su cólera se diluyó ante la mirada ingenua de Donald.

—¡Para la policía está todo absolutamente claro! —exclamó, no obstante—. Y nadie puede decir que no hemos cooperado.

—Sí; hay una versión de los hechos que no está mal, pero, ¿es la auténtica?

—¿Qué supone?

—Nada de momento, pero en la encuesta ante el juez pueden salir

muchas cosas inesperadas, señor Warren, y entonces mi testimonio puede no ser acertado... precisamente por falta de ayuda en ustedes. ¿Quién sabe los perjuicios que de eso se pueden derivar para su firma?

A los ojos de Warren asomó una lucecilla de sospecha.

—Entiendo, trabaja para la Compañía de Seguros. ¡Pero el investigador jefe dijo que todo estaba muy claro...!

—Barry es un viejo zorro —la expresión calmosa de Monroe inducía a error a los más expertos interlocutores—. Nunca se sabe lo que piensa.

—Así que es eso... ¿No van a pagar la póliza?

—Las Compañías de Seguros solo tienen prisa para una cosa; para firmar las pólizas y cobrar las primas —hizo un gesto de gran comprensión —. ¡Si lo sabré yo!

No le extrañe oírme hablar así; en realidad, no estoy a sueldo de ninguna Compañía, aunque a veces contratan mis servicios.

La expresión del gerente había cambiado.

—Puestas las cosas así, todo cambia. ¿Qué es lo que desea saber?

Se incorporó y señaló la puerta que calculaba comunicaba con el despacho de Simpson.

—¿Puedo ver la caja?

—Naturalmente. Pase.

El propio Warren le franqueó la entrada, y Don se dirigió a la gran caja fuerte instalada en uno de los rincones del despacho contiguo, vacío en aquellos instantes.

—Parece sólida —comentó el detective—, pero Monaghan la abrió.

—Todavía no acabo de explicarme cómo pudo ocurrir.

—¿Y el sistema de alarma?

—Está conectado a los mandos de la caja. Con solo tocarlos, sonaría.

—¿Cuándo la conectan?

—En, el momento de cerrar.

Donald se acarició el lóbulo de la oreja.

—¿No han pensado ustedes en la posibilidad de una complicidad... dentro del personal a su servicio?

Warren cambió de color.

—¡Eso es... absurdo!

—Ya sé que suena muy mal esa sospecha, pero todo se explicaría mejor.

—Lamento decepcionarle, señor Monroe, pero ya quedó establecido que eso era imposible. La policía, incluso, comprobó nuestras coartadas, de manera que si era eso lo que venía buscando...

—¡Oh, no! Por cierto, ¿cómo va su estómago? ¿Encontraron esa

úlcera?

El gerente arqueó las cejas.

—Veo que usted también ha comprobado nuestros movimientos durante el fin de semana.

—He sentido curiosidad. ¿No está el señor Simpson en Los Ángeles?

—Se encontraba en Nueva York, cuando se cometió el robo, como usted ya debe saber, pero vino el mismo lunes al tener noticias de lo ocurrido. Esta mañana ha estado aquí, pero ha tenido que salir.

—La joyería va a nombre de la señora Simpson, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Quizá hay... ejem... alguna diferencia entre ellos?

—No me inmiscuyo en los asuntos personales de mis jefes, señor Monroe, y ahora...

Pasaron al despacho de Warren y en aquel instante se abrió la puerta para dar paso a un hombre delgado y con un poblado bigote canoso, que llevaba en las manos un libro de cuentas.

—Oye, Clay, cuando vuelva Morgan le dices que ya líe terminado el balance... —vio a Donald en aquel instante y se interrumpió—. Oh, perdonen, pensé que estabas solo, Clay. Volveré luego.

—No te vayas, Lionel. El señor Monroe ya se marchaba.

El detective no pareció entender aquella indirecta y miró al recién llegado.

—Usted es Lionel Dayton, ¿verdad?

—Así es.

—Mi nombre es Donald Monroe, y estoy haciendo unas pequeñas investigaciones...

—Es un detective comisionado por la Compañía de Seguros, Lionel —advirtió Warren.

—¿No les parece extraño que el ladrón se llevara únicamente esas piezas y dejase otras que valían tanto como las robadas?

—Posiblemente pensó que era un cargamento muy voluminoso. Tenga en cuenta que las joyas que se llevó tenían un gran valor en un tamaño muy manejable. Si pensaba sacarlas del país, necesitaba algo que tuviese esas características.

—¿Y el dinero?

—Eso es cierto —asintió el administrador—. ¿Por qué no se lo llevaría?

—No podemos saber lo que pasaba por la mente de Monaghan, sobre todo ahora que está muerto.

—¿Conocía usted la combinación de la caja, señor Dayton? —preguntó

el muchacho.

—No, señor. Únicamente la conocen el señor Simpson y el señor Warren.

—Según usted somos dos los sospechosos, ¿eh, señor Monroe? —preguntó Warren, con acidez.

—¿Por qué me considera su enemigo? Me mueven los mismos fines que a ustedes; hallar las joyas y al asesino de Monaghan. ¿Acaso tienen ustedes distintos intereses?

Sin esperar respuesta, abandonó el despacho y salió de la lujosa joyería. Un taxi pasaba en, aquel instante y le llevó a donde había aparcado su coche. Al llegar, vio al «Dodge-Dart» aparcado a poca distancia del suyo, como había supuesto. Donald abonó la carrera y se dirigió rectamente al largo vehículo gris acero. El tipo sentado al volante parecía muy entretenido con la página deportiva de su periódico. Don le tocó el brazo y sonrió.

—¿Nos tomamos una copa, compañero? Siento haberle hecho esperar.

El otro dio un respingo y rezongó algo, tratando de seguir fingiendo todavía.

—No sé de qué me habla.

Puso el coche en marcha para alejarse, y Don rio al ver su confusión.

—Dígale al teniente Palmer que voy a mí oficina; no es preciso que me haga seguir otra vez.

El «Dodge» arrancó ruidosamente, y en unos segundos se perdió en el tráfico.

* * *

El «Tropicana» tenía lo necesario para resultar agradable pasar allí unas horas. La orquesta era buena, el servicio impecable y los licores de la mejor calidad. La verdadera categoría, sin embargo, la daban las chicas con apariencia de honestas hijas de familia que en realidad estaban al servicio de la casa y... de los clientes. Don lo comprendió a la primera ojeada. Pinky Lee, el gerente, sabía qué es lo que busca un hombre solitario en determinados momentos, y había tenido ojo de lince para seleccionar lo mejor.

Encaramada en un taburete, junto al suyo, una pelirroja de labios aniñados y mirada profunda bebía un cóctel de champaña a pequeños sorbos, mirándole de cuando en cuando por el rabillo del ojo. Iba discretamente vestida, sin ostentación, pero la fina tela del vestido velaba, modelando, una silueta perfecta y atractiva.

Ella sacó un cigarrillo y buscó inútilmente fuego en un diminuto bolsito de noche. Don le acercó un fósforo encendido que ella aceptó con pálida sonrisa. El truco era viejo, pero seguía dando resultados.

La pelirroja le dio las gracias y luego preguntó:

—¿Tiene algún problema? Le veo tenso, como un muelle a punto de saltar.

—Me ocurre siempre que mato a alguien.

La muchacha abrió mucho los ojos y de pronto lanzó una carcajada.

—¡Oh, qué divertido! Me gusta la gente que tiene sentido del humor.

Rieron los dos. El cóctel de la pelirroja estaba a punto de concluir y Don acabó su ginebra con el exclusivo objeto de rellenar ambas copas. Acercó su taburete al de la pelirroja y preguntó:

—¿Frecuenta este Club?

—Oh, sí, pero... no trabajo aquí.

—Lo celebro. Las chicas de estos lugares tienen siempre una expresión muy triste. ¿Espera a alguien?

—Quizá.

—¿Es celoso?

—Con frecuencia.

—Malo. No pensaba pelear más esta noche, pero...

—Oh, usted es terrible. ¿*Gángster,* acaso?

—No haga demasiadas preguntas, muñeca, si no quiere problemas —recitó Don, torciendo mucho la boca, como los *gangsters* de las películas.

Ella volvió a reír ante la imitación y levantó su copa.

—Por nosotros —brindó.

Chocaron las copas y bebieron. Ella exclamó luego:

—Creo que debemos presentarnos mutuamente, ¿no cree? Mi nombre es Celeste.

—Y el mío Donald.

—Bravo. Por nuestra amistad.

Bebieron de nuevo. Celeste parecía muy inclinada al alcohol. Sus ojos empezaban a brillar peligrosamente, y sus ademanes cobraban por momentos un aire lánguido, claramente sensual.

Un botones se acercó.

—Señorita Jackson, la llaman por teléfono.

—¡Qué fastidio! ¿Quién es?

—Solo dijo que era el señor Clay.

—Oh, es «él».

Bajó del taburete, pero perdió el equilibrio y Don tuvo que sujetarla. Su cuerpo amable entre sus brazos resultaba delicioso. Ella se alejó luego,

moviéndose mucho, y Don arrugó la frente. ¿Clay? El nombre le sonaba...

Abandonó él también el mostrador y siguió a Celeste Jackson hacia las cabinas. La muchacha entró en una de ellas, y Don lo hizo en la siguiente, poco después. Como había previsto, ella dejó su puerta a medio cerrar, dada su incipiente embriaguez, y así pudo escuchar parte de la conversación:

—... Hace muy poco que llegué al Club, amor... ¿Por qué no quieres que lo frecuente ahora? No entiendo... Anda, ven a buscarme... ¿No? ¡Qué raro estás, Clay, querido...! Antes te gustaba el Club, y venías... Aquí me conociste, Clay, ¿por qué te empeñas en que no debemos dejarnos ver en este lugar? ¿Qué tiene de malo? Está bien, te esperaré en la puerta...

Don abandonó la cabina y regresó al mostrador antes de la despedida de Celeste. Poco después llegó ella.

—Los hombres son todos muy extraños —comentó, encogiéndose de hombros—. Ahora resulta... —miró al detective y parpadeó—. ¿Por qué lleva esa arruga en la frente? ¿Está enfadado?

—No; es un gesto habitual.

—Pues no le favorece. Si yo fuera su novia se lo prohibiría.

—¿Se marcha?

—«El» me obliga. ¡Qué tiranía la del hombre, porque se sabe más rico y fuerte que nosotras! —hizo un cómico encogimiento de hombros y empezó a alejarse, pero en aquel instante vio a una rubia platino, de largo y delgado cuerpo, y la llamó—: ¡Eh, Frida!

Don miró a la rubia con atención. Por primera vez conocía a la chica de Benny Egan, sin necesidad de revelar su identidad. Mientras Frida se acercaba a ellos, Don la contempló atentamente. Era tan distinguida como hermosa, y comprendía que Benny, un hombre del arroyo, hubiera perdido la cabeza por ella. En sus ojos, en su cuerpo, en sus labios estaba condensada toda la belleza de sus antepasados vikingos; belleza y fortaleza, propias de una raza primitiva y guerrera.

—Yo tengo que marcharme. ¿Por qué no acompañas a mí amigo Donald? Esta es Frida.

Los dos se miraron y cruzaron una sonrisa. Pero Frida estaba preocupada, y con leve sonrisa se excusó:

—Tengo prisa ahora. Quizá en otro momento...

Pero Celeste ya se había marchado. Donald, que pretendía seguirla, no insistió con Frida.

—Es la primera vez que vengo a este Club, pero no será la última. No quiero entretenerla ahora para que no me guarde rencor.

Ella le envolvió en una mirada indefinible, pero turbadora, y

desapareció por una puerta que conducía a las dependencias interiores del Club.

Donald abonó inmediatamente las consumiciones y corrió hacia la salida.

Celeste se encontraba en la acera, bajo una farola cuya luz la iluminaba espectacularmente, como si se tratara de una toma cinematográfica.

En la oscuridad próxima a la puerta del Club, Donald aguardó inmóvil. Su paciencia tuvo el resultado apetecido. Un largo coche dobló la esquina y se dirigió hacia donde aguardaba Celeste. Frenó junto al bordillo y desde dentro abrieron la portezuela del coche, iluminándose el interior del mismo.

Vio a quién esperaba.

De manera que Clay Warren, el gerente de la joyería «Oriental», tenía relaciones con Celeste, una chica del Club «Tropicana», desde donde la noche del crimen habían telefoneado al *bungalow* número cinco, para hablar con el asesino de Monaghan.

El coche se alejó y Don encendió un cigarrillo lentamente, reflexionando en lo que había visto. Luego, despacio, volvió a entrar en el Club. El portero le saludó sin extrañarse lo más mínimo por verlo de nuevo y Don inquirió:

—¿Dónde está la telefonista?

—¿Quiere llamar por teléfono?

—Más bien deseo hacerle un encargo a la telefonista.

—En ese caso, vaya por el corredor, al fondo, junto a los lavabos.

El detective siguió aquella indicación y llegó al departamento de la centralilla telefónica. Una mujer más bien madura levantó la cabeza de la revista ilustrada que leía cuando le vio acercarse.

—¿Está de servicio todas las noches? —empezó Don.

—No; solamente cuando la titular no viene, como hoy.

Había tenido mala suerte.

—¿Es su día de fiesta?

La telefonista trató de ser amable, aunque no comprendía la razón del interrogatorio.

—Ha tomado vacaciones. No vendrá en una semana.

Don apuró su última esperanza.

—Usted no estaría de servicio el último sábado, ¿verdad?

—No; pero... ¿Por qué esas preguntas? ¿Qué es lo que desea exactamente?

Monroe oyó pasos tras él y una voz que decía:

—¿Ocurre algo, Muriel?

El detective se volvió para mirar al que había hablado con indudable

aire autoritario. Lo reconoció por haberlo visto una vez en compañía de Benny Egan, aunque estaba seguro de que él no lo reconocía. Se trataba de Pinky Lee, el gerente.

—Este caballero está haciendo muchas preguntas sobre Ethel, como si fuera de la policía.

Pinky Lee sostuvo su mirada un instante. Era el típico producto del ambiente en que vivía: Duro, implacable, aunque correctamente vestido y con un barniz de educación que saltaba en mil pedazos en el momento más inesperado.

—Soy el gerente —indicó—. ¿Puedo preguntarle quién es usted?

Donald sacó del bolsillo interior de la chaqueta un carnet que exhibió ante los ojos de Pinky.

Este lo miró de una ojeada y fue evidente que se relajaba.

—¡Oh, usted...! Ya me extrañaba no recibir su visita. ¿Quiere acompañarme a mí despacho?

Le cogió del brazo, amigablemente, y lo introdujo por una puerta que comunicaba la sala con un reducido vestíbulo al fondo del cual se abría la gerencia.

—Benny me avisó que usted vendría por aquí —dijo cuando estuvieron dentro del lujoso despacho—. Me ordenó expresamente que me pusiera enteramente a su servicio, señor Monroe. De modo que... —sonrió—, cuente con mi cooperación.

—Gracias. ¿Ha visto a Benny?

El gerente sacudió la cabeza.

—No desde el sábado. Está escondido. Bueno, usted ya debe saberlo, puesto que lo llevaron hasta su escondrijo. Pero me telefoneó.

—Así, ninguno de ustedes conoce el lugar dónde está refugiado.

—Únicamente Skip Farrell y los muchachos que le condujeron a usted.

—Muy bien. Dice que lo vio el sábado. ¿A qué hora?

—Por la noche. Estaba aquí, sentado tras este mismo escritorio. Sonó el teléfono y lo llamó «Dedos» Monaghan. Hablaron un instante y luego Benny se marchó. Insistió en irse solo. Desde entonces no he vuelto a verle.

—¿Cree usted que él mató a Monaghan?

La sonrisa de Pinky Lee fue ancha, aunque no sincera.

—No soy juez, fiscal, policía ni abogado defensor. Benny me paga para que cuide sus asuntos y para que le obedezca. Y cumplo con mi obligación. Para ser sincero, jamás me he planteado el problema de la inocencia o culpabilidad de Benny. Cualquier cosa que haya hecho me parecerá bien, porque para eso es el jefe.

Don encendió un cigarrillo que tomó de una caja de plata situada sobre

el escritorio.

—Sea sincero, Pinky. Usted no es un gregario sin cerebro, como Tony o Pete. No le va el papel. Benny contrata lo mejor para cada puesto, y usted no sería gerente del «Tropicana», si no fuera capaz de tener una idea o una iniciativa.

La carcajada de Lee fue rotunda.

—¡Diablos, es usted listo! Benny me dijo que usted es un chico avispado, pero se quedó corto. Según la teoría que acaba de exponerme, usted debe ser de lo mejorcito que corre por ahí, o Benny no le hubiera llamado.

—¿Olvidamos las amabilidades y vamos derecho al grano, Pinky?

—De acuerdo. Pues bien, le daré mi opinión: Benny mató a Monaghan. Y le diré algo más: Hizo muy bien. Nunca me gustó ese tipo. Era como una raposa hambrienta de dinero. Imagino lo que ocurriría en el *bungalow*. «Dedos» mostraría la mercancía, y cuando vio que Benny se interesaba por ella subió el precio. Discutieron, llegaron a las manos, y Benny lo mató. Luego se llevó las joyas... y se escondió en espera de que se olvide el asunto.

Don sacudió la cabeza, negativamente.

—Se equivoca; Benny es inocente.

—Pero...

—Lo es. Él no mató a Monaghan. Por eso yo estoy buscando al verdadero asesino.

—¿Aquí, en el «Tropicana»?

—Aunque le parezca extraño, hay varias conexiones en este caso con el Club.

Pinky se puso rígido.

—Me gustaría saberlas.

—Primera, varias personas conocían el negocio que Benny y Monaghan llevaban entre manos. Concretamente, Skip Farrell, Frida y usted.

—¿Sospecha de nosotros?

Su voz era amenazadora, afilada como un dardo. Donald no le hizo caso.

—La segunda, es una llamada telefónica que la noche del crimen se hizo desde el «Tropicana» al *bungalow* cinco, donde se encontraba el asesino de Monaghan.

Pinky Lee se incorporó, clavando las uñas en el tablero del escritorio.

—Eso que dice es muy grave, Monroe. Y si se trata solo de una suposición suya, voy a olvidar las instrucciones de Benny para darle su

merecido.

—Cálmese, Pinky. Hay pruebas. Por eso estaba haciendo averiguaciones en torno a Ethel que, *casualmente,* está de vacaciones.

—Sí; las pidió hoy.

—¿Qué motivo dio?

—Estaba cansada y necesitaba reposo.

—¿A dónde ha ido?

—A San Francisco, según dijo. ¿Qué quería averiguar de ella?

—La identidad de la persona que la noche del sábado telefoneó al motel «Los Alamitos» y habló con el *bungalow* cinco.

Pinky Lee rodeó su escritorio y se encaminó a la puerta.

—Eso es fácil de averiguar —Donald le siguió y por el camino en dirección a la centralilla, explicó el gerente—: Tenemos un libro-registro en el que se anotan las llamadas fuera de la ciudad, con la hora, el número telefónico y la persona que encarga la llamada, a fin de pasarle el cargo correspondiente.

Llegaron a la centralilla, y Pinky pidió a Muriel el libro. El gerente lo abrió y buscó la fecha del sábado. Luego se detuvo y miró a Donald.

—Creo... ejem... que no va a ser tan fácil averiguar ese datό. ¡Han arrancado la hoja correspondiente al sábado!

Monroe arrebató el libro de manos de Pinky y lo miró atentamente. En efecto, la hoja había sido arrancada, sin mucho cuidado por cierto, ya que había quedado parte del papel adherido al lomo, aunque no lo suficiente para poder leer algún nombre.

—¿Todavía cree que me invento mis acusaciones, Pinky? —preguntó el muchacho.

El gerente, intensamente pálido, recogió el libro y sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Es... inconcebible. ¿Quién ha tocado este libro, Muriel?

—Nadie más que yo, señor. ¡Y no arranqué esa hoja, puede creerme! Quien quiera que lo hizo, la cortó antes de venir yo.

Pinky empujó a Donald lejos de donde la telefonista pudiera captar algo de la conversación.

—¿Y ahora...? ¿Qué piensa hacer? ¿Lo sabe Benny?

—No; él no se ha enterado todavía de que el asesino tenía un cómplice dentro del Club.

—Si se lo dice, se pondrá furioso y arremeterá contra todos nosotros.

—No tendré más remedio que informarle, Pinky. Aunque, naturalmente, su cólera se disiparía si pudiera decirle al mismo tiempo el nombre del traidor. ¿Quiere ayudarme a encontrarlo?

—¿Traidor? ¿Por qué no pudo llamar uno de los muchos clientes que vienen al Club cada noche?

—Es una probabilidad, en efecto —admitió el detective—. De cualquier forma, todavía no he acusado a nadie. Veamos... El asesino es un hombre, puesto que fingió ser Monaghan al llamar a Benny a su *bungalow*. Por tanto, deberíamos pensar en un cómplice femenino. Sí; la llamada desde aquí pudo realizarla una mujer.

—¿En qué se basa para afirmarlo?

—Es una simple conjetura, basada en la experiencia. Detrás de todo delito hay siempre una mujer.

—Y un hombre —puntualizó Pinky.

—¡Oh, claro! No colabora usted mucho, ¿eh, Pinky? Dígame, ¿qué piensa de Frida Jensen?

Los ojos del gerente le estudiaron con atención.

—¿No le ha dicho Benny que ella es intocable? ¿No le ha advertido que ella puede hacerlo todo, incluso pegar fuego al «Tropicana», sin que ninguno debamos impedírselo?

—Dijo algo parecido, sí.

—Entonces, ¿cómo se atreve a rozarla siquiera con su pensamiento?

—No tengo tiempo para bromas, Pinky. Investigo un asesinato y ella es tan inocente o tan culpable como cualquiera.

El gerente suspiró.

—Le diré lo que pienso: Ella es una chica ambiciosa, pero es también lista. Vino suplicándome le permitiera actuar en un número del espectáculo y a la semana era la reina. ¿Cree que me gusta eso?

—Supongo que no.

—Bueno, pues aún así no puedo decir nada contra ella. Ya le he dicho que es lista. ¿Por qué habría de intentar algo contra quien le proporciona cuánto tiene? Equivaldría a un suicidio, y ella ama demasiado la vida.

No; Frida jamás se revolvería contra Benny, entre otras cosas porque, posiblemente, hasta le ama.

—Hay también otra chica, Celeste creo que se llama.

—¿La conoce?

—Cambié unas palabras con ella en la barra, hace unos minutos. ¿Quién es?

—Una amiga de Frida. Compartían el apartamento hasta que Benny intervino. Le gusta beber y siempre hace frente a sus cuentas, así que de algún sitio obtiene el dinero.

—¿A qué se dedica?

—Nunca le he visto hacer otra cosa que levantar su copa. Imagino que

vivirá para alguien.

—¿Dónde vive?

Pinky sacó una agenda y un lápiz de oro, con el que trazó un par de líneas en una de las hojas de la libreta de cuero. La arrancó luego y se la entregó.

—Manténgame al margen de su investigación. Después de todo, ella es una cliente que, paga y yo debo respeto a mis clientes.

—¿Conoce usted la dirección de Ethel, la telefonista, en San Francisco?

—No; pero quizá Muriel...

—Le preguntaré. También quisiera ver a Skip Farrell.

—Estuvo por aquí, pero se ha marchado. ¿Le doy algún encargo?

—Quería hacerle unas preguntas, pero no corre prisa. Gracias, Pinky. Si sabe algo...

—Descuide, le avisaré.

Don se reunió con la telefonista y le preguntó por su compañera Ethel.

—Sé que ha ido a casa de unos parientes que ella tiene en San Francisco, pero ignoro el domicilio.

—¿Habló usted con ella?

—Sí; me pidió que me encargara del servicio porque iba de vacaciones. Dijo que había recibido inesperadamente un dinero que solucionaba sus problemas y que le permitía realizar el viaje. La pobre andaba siempre escasa.

—¿Habló de un dinero? ¿Le dijo quién se lo había dado?

—No se me ocurrió preguntarle tal cosa; hubiera sido una desconsideración por mí parte.

Don no respondió y se limitó a levantar el auricular del teléfono situado sobre la consola de la centralilla. Con rapidez marcó el número de su oficina, y casi al instante oyó la voz de Vic Adams.

—Escucha, Vic. Tienes que buscar en San Francisco a una persona. Se llama Ethel... —con la mirada interrogó a Muriel y esta le dio el apellido, comprendiendo—. Marsden; Ethel Marsden. Tiene familiares allí y es posible que el apellido figure en la guía. En caso contrario, averigua datos en la policía o en la oficina de impuestos. Es muy urgente. Cuando la hayas encontrado, hazla que se ponga en contacto conmigo.

Colgó tras un gruñido que debía ser un saludo, y se despidió de la telefonista. En la puerta del club vio a Pinky Lee que ayudaba a Frida a vestirse un abrigo de raso rojo, que era como una llamarada junto a su piel dorada y sus cabellos platinos. Don les saludó y el gerente se extrañó.

—¿Se conocen?

—Fuimos presentados hace unos minutos, aunque la señorita Jensen

ignora lo que realmente hago aquí.

Pinky se apresuró a revelar la identidad de Monroe, y Frida pareció sumamente interesada.

—¡Oh! ¿Usted ha visto a Benny? ¿Lo ha visto?

—En efecto.

—¿Cómo está? ¿Dónde se encuentra él? Benny me necesita. ¡Tengo que verle!

Frida hablaba con una vehemencia que hacía asomar a sus mejillas un tono rosado que la hacía aún más hermosa. Una de sus manos, de largas uñas laqueadas, se posó en su antebrazo y apremió, reforzando su voz:

—¿Por qué no me permiten que vaya con él?

—Nadie sabe dónde está. Ni yo mismo, aunque me llevaron hasta allí, pues me cubrieron la cabeza con una capucha.

Salieron a la calle, después de despedirse del gerente del club, y Don mostró su coche.

—Puedo llevarla a donde guste.

—¿A dónde voy a ir? Solamente a mí apartamento. Si es tan amable...

Había tal distinción en sus ademanes que Don se sentía turbado junto a Frida. Ella se deslizó en el pequeño coche sport, para lo cual tuvo que plegarse con dificultad. El resultado fue que las rodillas quedaron sin la protección de la falda.

—Comprendo el amor de Benny —murmuró Don—, realmente es un hombre de gusto... y con suerte.

—Gracias. Es un bonito elogio.

El apartamento femenino estaba cerca y llegaron en un momento. Frida le invitó a subir y Don no se hizo repetir la oferta. Una vez arriba comprobó que ella tenía un gusto especial para la decoración. No era el apartamento vulgar, de lujo ostentoso de toda mujer que vive del capricho masculino, sino un pequeño mundo lleno de delicados detalles ornamentales.

Ocuparon unos sillones ante una chimenea apagada en aquel instante y ella le preparó un combinado.

—Usted querrá hacerme algunas preguntas —afrontó la situación.

—Así es.

—Estoy dispuesta a todo, por Benny.

—Prefiero empezar hablando de Celeste.

—¿Por qué de ella?

—Quizá lo que me diga pueda servirme de mucho.

Frida le envolvió en una mirada atrevida que no dejó de causar su efecto en Donald. Ella se levantó del sillón y fue a ocupar un pequeño

taburete situado a los pies del detective. Ovillada junto a sus rodillas, Frida recordaba a los lustrosos y efectivos gatos de angora, herméticos e inquietantes al mismo tiempo.

—¿Qué relaciones tiene ella con Clay Warren?

—Se aman. Ella pretende que él se decida a sacar una licencia matrimonial.

—¿Qué clase de vida lleva Warren?

—La de un hombre de su posición. Le gustan los lujos y los placeres caros, por lo que he podido saber.

—¿Y su sueldo se lo permite?

Frida se inclinó hacia él hasta apoyarse de codos en las rodillas masculinas. Era una delicada pose que seducía en su inocencia. Don tuvo que contener el impulso de alargar las manos y acariciar los desnudos hombros, o estrechar entre sus brazos el cuerpo escultural de la bella nórdica. Lo hubiera hecho, de no ser por el recuerdo de Benny y la fidelidad que le debía.

—¿Qué está pensando, Donald? ¿Acaso sospecha del gerente de la «Oriental»?

—Si Benny no mató a ese hombre, debo idear otras explicaciones. ¿Vio a Celeste el sábado?

—Sí; lo pasó en el club.

—¿Suele hacerlo con frecuencia?

—No; estaba muy enfadada con Warren. Me dijo varias veces que él se había internado en una clínica para someterse a observación médica.

—¿En qué clínica?

—La Mutual.

—¿Sabe si habló por teléfono con Warren?

—La vi ir a las cabinas varias veces, y una de ellas la oí conversar con él.

Los dedos femeninos rozaron su mano al recoger el vaso cuyo contenido acababa de terminar.

—¿Le preparo otro?

—No, gracias. ¿Y usted? ¿Qué hizo el sábado?

—Hice compañía a Benny en el club, hasta que recibió aquella llamada y salió. Ya no he vuelto a verle. ¿Sospecha de mi también?

—Estoy construyendo un rompecabezas del que me faltan piezas. Es lógico que pruebe con todo lo que tengo a mano.

Ella dejó el taburete y se acomodó en el brazo del sillón ocupado por Donald. Era una sensación sicológica, pero a través de la ropa, Don creyó percibir el ardor de aquel cuerpo mimado. De alguna forma, se encontró

pasando el brazo por la cintura femenina, y un instante después Frida caía contra su pecho y se besaban furiosamente.

La debilidad duró un minuto. Quizá menos. Pero tuvo tal intensidad, que podía compararse a toda una vida. Lo más sorprendente es que cuando Frida recobró su compostura, no había en su gesto nada perverso, sino una expresión aniñada, mezcla de inocencia y precocidad, que desorientaba.

—Ayude a Benny, se lo suplico —pidió ella—. Haga por él cuanto esté en su mano. Le amo demasiado para perderle. Él no ha matado a ese hombre y no es justo que cargue con culpas que no le corresponden.

Donald se incorporó, sin duda para librase de la opresión que limitaba su natural fluidez mental.

—¿A qué hora habló Celeste con Warren? Piénselo bien; es muy importante.

—No puedo precisarlo exactamente, pero... debían ser las ocho.

Don se dirigió a la puerta, dispuesto a marcharse. La hora no concordaba con el crimen. Hubiera sido demasiada suerte un dato tan preciso.

—Gracias por todo, Frida.

Ella le retuvo un instante.

—Por favor, si habla con Benny convénzale para que me permita acompañarle en su escondite. Dígale que no puedo pasar sin él, que arrostraré con él su misma suerte... ¿Lo hará, Don?

—Se lo prometo.

Le acercó ella los labios y se los rozó suavemente, en una caricia más enervante que si fuera un beso pleno de fuego. Don se retiró como si se abrasara y bajó a la calle.

Cuando entró en su coche, dio un respingo al encontrar el asiento contiguo al suyo ocupado.

—Te envuelve el perfume de Frida Jensen. ¿Se ha mostrado particularmente accesible, Don?

CAPÍTULO VII

El teniente Palmer le miraba con su expresión de zorro receloso.

—No me gusta que te burles de mis muchachos, Don. No me ha divertido que les hayas dado esquinazo esta mañana.

—No sé de qué me habla, teniente —Don se encogió de hombros—. Es sabido que el tráfico de Los Ángeles resulta complicado, y si sus sabuesos no tienen habilidad para aprovechar todos los huecos, es que no se ganan el jornal que les pagamos los contribuyentes. ¿Les dijo eso, teniente?

La burla había herido a Palmer en su punto más sensible.

—Han tenido que oírse otras muchas cosas, pero tú estás jugando con fuego. Y un policía enfadado es peligroso, Don. Por ejemplo, acabo de demostrar a mis detectives que es posible seguirte sin que te des cuenta. Lo he estado haciendo toda la noche, hasta ahora en que me he presentado para que cooperes con la policía. O para que te hundas hasta el cuello, si no lo haces.

—Si lo que me pregunta es dónde está Benny continúo sin saberlo; no lo he visto desde anoche.

—¿Qué has averiguado en tus correrías de hoy?

—Nada que pueda convencerle a usted de la inocencia de Benny Egan. Estoy comprobando las declaraciones de los testigos que ustedes ya han interrogado.

—¿Alguna contradicción?

—Nada hasta el momento. Pero si de verdad quiere descubrir al asesino de Monaghan, busque en San Francisco a la telefonista del «Tropicana». Se llama Ethel Marsden, y esta mañana recibió dinero de alguien para que se tomara unas vacaciones.

—¿Con qué objeto?

—Simplemente, para evitar que declarase. El asesino recibió la noche del crimen, en el bungalow cinco, una llamada del «Tropicana». Si averiguamos el nombre de la persona que llamó, sabremos la identidad del asesino.

—Eso está claro; Benny recibió esa llamada. ¿A qué otra persona podía llamarse desde el «Tropicana»? Diablos, has sido muy ingenuo esta vez, Don.

El policía salió del coche y se enderezó en la acera.

—Gracias por la información, muchacho. Es un clavo más para el ataúd de Benny.

Chasqueó Palmer los dedos y un coche se despegó de las sombras del bordillo para acudir a su encuentro. Don maldijo a media voz y aguardó a que desapareciera Palmer antes de poner en marcha su «M. G.», y dirigirse a la Mutual, la clínica donde Clay Warren se había sometido a observación médica el sábado. Una vez allí interrogó a la recepcionista quien, al terminar su pregunta, negó repetidas veces al tiempo que informaba:

—Ninguno de nuestros enfermos recibe llamadas ni las hace, porque no hay teléfonos en las habitaciones. Es una norma inquebrantable del establecimiento. La dirección considera que los teléfonos perturban grandemente a los enfermos y les fatiga.

—¿No pudo esta persona levantarse y hacer la llamada desde algún teléfono de servicio?

—Imposible. No hay más líneas que la de la dirección y la del departamento de urgencia.

Aquello aclaraba las cosas.

—¿Podría hablar con la enfermera que estaba de servicio en la habitación de Clay Warren el sábado?

—Veré de complacerle, señor. Tenga la bondad de aguardar en esa sala.

Don entró en la pequeña sala de visitas que le señalaba la recepcionista y encendió un cigarrillo para atenuar la espera. Un par de minutos después se abría la puerta y entraba una enfermera de mediana edad y rostro pálido, en el que se abrían dos ojos inquietos.

—Soy la enfermera Brent. ¿Preguntaba usted por mí?

—En efecto. No quiero entretenerla demasiado ni tampoco causarle el menor perjuicio. No lo tendrá si coopera. Estoy investigando un asesinato y tengo pruebas de que el señor Warren, Clay Warren, no permaneció todo el fin de semana en su habitación de esta clínica, como él asegura. Tuvo que salir. Eso destruye su coartada. Por otra parte, no creo posible que abandonara la habitación sin la ayuda de usted. Ahora, piénselo bien, señorita Brent, porque de su respuesta depende que se vea usted ante un tribunal. ¿Salió o no salió el señor Warren de su cuarto el sábado último?

Las inquietas manos femeninas y el súbito brillo de sus ojos, reveló la verdad antes de que la enfermera hablase.

—Él me convenció de que debía salir por un asunto inesperado... Dijo que aquel mensaje le forzaba a entrevistarse con una persona, pero que regresaría inmediatamente... Me dio dinero y... le ayudé.

—¿Ha mencionado usted un mensaje?

—Sí; trajeron un sobre para el señor Warren. Se lo entregué y entonces

me pidió mi cooperación. Pero no supuse que sería nada grave. ¡No pueden hablar de complicidad en este caso!

—¿Por dónde salió?

—La ventana de su cuarto da al jardín. La pidió él así. Es un piso bajo, y no le costó nada saltar.

—¿A qué hora se marchó?

—Aproximadamente serían las siete.

—¿Y regresó?

—Tardó mucho; yo estaba muy nerviosa, porque temía que se descubriera su ausencia. Era la una y media cuando tocó el timbre de su cuarto. Acudí corriendo y lo encontré acostado, como si nada hubiera ocurrido. Le dije que había tardado mucho y que me había puesto nerviosa, y él entonces me prometió otra cantidad, repitiéndome que no debía contarle a nadie lo ocurrido, ni aunque me interrogaran al respecto. Naturalmente, se lo prometí, pues yo era la primera en desear que esa irregularidad no se supiera. Me hubieran expulsado de la clínica.

Guardó silencio y con un hilo de voz preguntó:

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Nada por el momento. Tranquilícese. Intentaré por todos los medios evitar que la compliquen.

Era tarde, pero quizá por eso mismo su actuación se vería coronada por el éxito, si se aprovechaba de la especial situación sicológica que provocaría su presencia inesperada.

Se dirigió al apartamento de Celeste, cuya dirección le había dado Pinky Lee, y apretó el zumbador hasta que al otro lado de la puerta oyó gruñidos y maldiciones.

La puerta se abrió y Clay Warren ladró:

—¡Estas no son horas...!

Iba en mangas de camisa y tenía el cuello de la camisa suelto. Se había puesto zapatillas para sentirse más cómodo y en la mano llevaba un vaso con *whisky*.

—Sabía que lo encontraría aquí —dijo Donald, entrando.

El gerente de la joyería quedó momentáneamente sin habla, sorprendido por la inesperada aparición del detective, y luego cerró con violencia.

—¡Oiga! ¿Quién se ha creído que es para inmiscuirse en la vida privada de nadie?

—Un hombre que busca a un asesino. Y que acaba de encontrarlo.

Las mejillas de, Warren estaban encendidas por la indignación.

—¡Lárguese de aquí! ¡Vamos, fuera o llamaré a la policía! Esta mañana

se hizo pasar por detective de la Compañía de Seguros, y he sabido que no lo es. La policía sabe lo que tiene que hacer con suplantadores como usted.

—Bien. Llámela. Y pregunte por el teniente Palmer; a él le interesa lo que tengo que decir.

Paseó por el *living* y miró al amplio sofá a cuyos pies había caído el vestido de Celeste que lucía aquella tarde en el «Tropicana», lo mismo que sus zapatos. Del baño llegó la voz de la muchacha, mezclada con el ruido de la ducha, que preguntaba:

—¿Quién es, querido? ¿Has conseguido que nos traigan el *whisky*?

Warren no levantó el auricular del teléfono, sino que se encaró belicosamente al detective.

—¡Suelte lo que tenga que decir de una vez! ¡No va a asustarme con esas amenazas! ¿Cuál es su juego?

—Ya se lo he dicho: Busco al asesino de Day «Dedos» Monaghan, el tipo que robó la joyería para la que trabaja, Warren; el individuo que abrió la caja de caudales sin la menor dificultad y sin que sonara la alarma: esa modernísima caja de la que solo usted poseía las llaves y la combinación, si exceptuamos a Simpson, que se encontraba en Nueva York... ¿Adivina lo que estoy pensando, Warren?

—¡Maldito sea...!

El licor y la cólera le hicieron arrojarse sobre el muchacho y tratar de golpearlo, pero ambas cosas le habían restado bastante efectividad, y Don no tuvo dificultad en eludir el primer golpe y, a su vez, conectar su puño con la barbilla de Warren.

Este retrocedió como si acabara de golpearle una bala de cañón y se hundió en una butaca, que estuvo a punto de volcarse por el impacto.

—Tranquilícese, Warren, tenemos que llegar al final.

La puerta del baño se abrió y apareció Celeste, envuelta en una toalla. La prenda era notoriamente insuficiente para su anatomía, lo cual no dejó de advertirlo Don a la primera ojeada.

—Pero... ¡si es mí querido amigo! —exclamó la muchacha avanzando hacia él, resuelta—. ¿Os conocíais de antes, Clay?

Warren sacudió la cabeza para aclarar sus ideas y al ver a Celeste, masculló una imprecación.

—Lárgate, estúpida, aún estás demasiado borracha para entender lo que haces.

—Sería preferible que escuchara lo que he venido a decir, señorita Jackson.

—¡Oh, me encantan los chismes! —exclamó al tiempo que se sentaba en el sofá y disponía la toalla de forma que la cubriera mejor—. ¿De qué se

trataba?

Warren fue a protestar, pero Don se adelantó:

—El sábado por la tarde, hacia las ocho, su novio la llamó al «Tropicana», ¿verdad, Celeste?

—Oh, sí...

—¡Cállate! —rugió Warren, furioso.

—¿Desde dónde le llamó y qué le dijo?

La muchacha se incorporó confusa. Era evidente que había ido a la ducha para aclarar su cerebro, embotado por el alcohol, y también que el agua fría no había acabado de despejar su inteligencia. Sin embargo, la mirada de Warren pareció hacerla reaccionar lo suficiente para acudir junto al gerente de la joyería, en demanda de instrucciones.

—¡No hables una sola palabra más, Celeste, o lo sentirás! —amenazó Warren.

—No vale la pena seguir ocultando la realidad, Warren —siguió Donald con firmeza—. Lo sé todo. He comprobado que usted abandonó la clínica en la tarde del sábado, a las siete, y que no regresó hasta la una y media. He hablado con la enfermera, y la policía podrá comprobar ese extremo. Por lo tanto, su coartada para aquella tarde ha quedado destruida.

—¿Y bien?

—Le diré lo que hizo: Se reunió con Monaghan, como habían acordado y entraron en la joyería usando sus llaves. Abrieren la caja, sin que la alarma sonase, porque usted la había desconectado, y sacaron las joyas.

Warren lanzó una carcajada.

—¡Tiene gracia la cosa! ¿Para qué necesitaba a un ladrón de cajas de caudales, si yo tenía las llaves y la combinación?

—Para matarlo; sí, Warren, usted preparó un golpe muy astuto. Necesitaba un ladrón para la caja, y un falso cómplice de ese ladrón al que cargar la responsabilidad del crimen. De esa forma, realizaba usted el crimen perfecto.

—¡Está loco!

—No; no lo estoy. Usted hizo que Monaghan se pusiera en contacto con Benny Egan para venderle las joyas robadas, e hizo que lo citase en el motel «Los Alamitos». Antes de abandonar la joyería, usted puso una botella de cerveza con las huellas de Monaghan para que la policía supiera quién había robado la caja. Luego se trasladó al motel, preparó la trampa para Benny Egan, haciéndole identificarse en la gasolinera y en el motel, y luego le llamó por teléfono a su bungalow cuando ya estaba muerto Monaghan. Para cuando Benny pasó al bungalow número cinco, usted ya había marchado, llevándose el medio millón en joyas. ¿Dónde las ha

escondido, Warren?

Celeste le miraba con estupor, abrumada ante aquella revelación. En un susurro exclamó:

—Entonces por eso me dijiste que no fuera a visitarte a la clínica, aquella tarde... Querías evitar que se descubriera tu ausencia del cuarto...

—¿Fue para eso para lo que le llamó su novio?

—Sí; me lo repitió varias veces, insistiendo en que no se permitían las visitas.

Don taladró con la mirada a Warren.

—Bien, creo que ahora es cuando hay que llamar a la policía.

—¡Aguarde! —el gerente sudaba por todos sus poros y mostraba un aspecto lastimoso—. ¿Cuánto?

—¿A qué se refiere?

—¿Cuánto quiere por no revelar lo que sabe?

Don arqueó las cejas, en el límite de su perplejidad.

—¡Usted ha perdido la razón! No hay dinero en el mundo bastante para hacerme callar esta evidencia. ¿No se da cuenta de que con eso he salvado a Benny Egan de la cámara de gas?

—Pero es que... ¡yo no maté a Monaghan ni robé la caja fuerte!

—¿Espera que me lo crea? ¿Dónde estuvo aquellas horas del sábado? ¿Por qué abandonó la clínica?

Warren se derrumbó en un sillón y hundió la cabeza entre las manos.

—Hágala que salga de aquí —pidió, dirigiéndose a Celeste.

Donald la empujó fuera del *living* y la hizo entrar al desordenado dormitorio, donde la encerró con llave, sin atender a las protestas ni a la resistencia femenina, que puso en peligro el equilibrio de su toalla. Luego regresó al lado de Warren.

—El sábado recibí un mensaje que me obligó a salir.

—Una excusa para la enfermera.

—No; en él se me pedía que acudiera a una entrevista con Lionel Dayton.

—¿El administrador de la joyería?

—Sí; me pedía que acudiera para solucionar un asunto muy grave, que me afectaba personalmente.

—¿Y eso le obligó a abandonar la clínica?

—En efecto. Sabía lo que significaba el mensaje. Dayton había estado revisando los libros, y sin duda había encontrado un desfalco mío.

—¿Confirmó su primera impresión?

—Sí. El desfalco se elevaba a la cantidad de cincuenta mil dólares y Dayton me pidió diez mil para ocultarlo.

—¿Chantaje?

—A Dayton le gusta jugar fuerte en las carreras y pierde con frecuencia.

—¿Le pagó?

—Le pedí tiempo y me lo dio.

—¿No discutieron?

—Nos peleamos ferozmente, y casi llegamos a las manos, pero me contuve a tiempo, porque lo hubiera matado. Y ya bastaba con el conflicto que tenía para añadirle uno nuevo.

—¿Eso le obligó a robar la caja?

—¡Ya le he dicho que no lo hice!

—¿Dónde se entrevistaron?

—En su coche, en San Fernando Road. No tengo testigos, si es eso lo que va a pedirme.

—¿A qué hora se vieron?

—A las ocho y media. Poco antes llamé a Celeste al club para evitar que ella se presentara en la clínica y se descubriera mi marcha.

—¿Duró mucho la entrevista?

—Diez o quince minutos.

—¿Y qué hizo hasta la una y media?

—Dar vueltas por ahí, pensando en mi situación. No, tampoco tengo testigos. ¡Pero debe creerme! ¡Yo soy ajeno por completo al robo y al crimen!... ¡Se lo juro!

Celeste empezó a dar furiosos golpes en la puerta del dormitorio y Warren fue hacia allí, colérico. Al abrir, gritó:

—¡Lo nuestro ha terminado! ¡Estoy harto de ti! ¡Por tu culpa no tengo más que problemas! Tú me has obligado a realizar un desfalco para calmar todas tus exigencias, y ahora has contribuido a que se sepa todo... ¡Puedes largarte, porque no quiero verte nunca más!

La muchacha se había vestido y al oír aquellas palabras, replicó airadamente, con lujoso acompañamiento de insultos. Don suspiró, se encogió de hombros, y abandonó el apartamento.

CAPÍTULO VIII

Se sentía extraordinariamente cansado después de tantas horas de dar vueltas por la ciudad, en pos de una pista huidiza. Le pesaban los ojos y se sentía incapaz de seguir adelante. Por eso se dirigió a su apartamento, mientras se esforzaba por mantener los ojos abiertos.

Al enfilar la calle donde se alzaba el edificio en el que tenía su apartamento, casi chocó contra un pesado vehículo que realizaba una maniobra en aquel instante. Donald eligió cuidadosamente una serie de maldiciones destinadas al conductor del otro coche, al tiempo que pisaba el freno para evitar la colisión. El otro vehículo se le cruzó delante, una de las portezuelas se abrió y solo entonces Don recordó a Tony y Pete, los inseparables guardianes de Benny Egan.

Tony abrió la portezuela del «M. G.», y apremió:

—¡Deprisa! ¡Pase a nuestro coche, jefe!

Obedeció, casi sonámbulo, y se dejó poner la capucha una vez se hubo acomodado en el vehículo de los dos *gangsters*. Estaba tan cansado, que en la oscuridad absoluta de la capucha, quedó dormido en unos instantes.

Despertó al sentir el frenazo y el empujón de Pete, que decía:

—Hemos llegado, compadre, anímese.

Le aguardaba Benny, nervioso e intranquilo como un felino de la jaula del zoo.

—¿Qué has conseguido? ¿Has encontrado al asesino?

—Todavía no, Benny.

—¡Rayos! ¡Tomas el asunto con calma! ¿Es que no te das cuenta de que me va la vida en el asunto? ¿Qué has estado haciendo desde anoche?

—Muchas cosas, excepto dormir. ¡Tengo los pies hinchados y el cerebro vacío y lacio como los bolsillos de un mendigo! ¿Crees que he estado de fiesta?

—Solo sé que estoy enjaulado y sin poder moverme. Perdona, muchacho, pero me estoy poniendo nervioso. ¿Has encontrado algo importante?

—Nada, excepto que alguien llamó desde el «Tropicana» al bungalow cinco, para hablar con el asesino.

—¡Condenación! ¿Qué significa...?

—No lo sé todavía. Estoy siguiendo la pista; si doy con la persona que

habló, estaremos salvados.

—¿Le has preguntado a Ethel? Ella anota las conferencias.

—Alguien le pagó unas vacaciones, y todavía no la he encontrado. Tengo a uno de mis hombres sobre su pista. Ignoramos su dirección en San Francisco, a donde ha ido para pasar unos días con su familia.

—¡Yo sé esa dirección! —sacó una libreta del bolsillo y pasó unas hojas hasta que encontró lo que buscaba. Entonces lo mostró a Donald—. Aquí tienes el domicilio de esos parientes.

El detective tomó nota y sonrió.

—Una buena ayuda, Benny. Quizá eso te salve. Y ahora he de marcharme. Ah, a propósito, hablé con Frida. ¡Qué mujer, Benny! Está ansiosa de verte. Me pidió que te lo dijera.

El rostro de Benny Egan resplandeció.

—¿No te lo decía, Don? Ella es única. Yo también tengo deseos de verla a mí lado.

Pete y Tony le acompañaron en el viaje de regreso, naturalmente con la capucha sobre su cabeza. Cuando se vio en su apartamento, llamó a la oficina, por si Vic Adams se encontraba allí, pero no lo encontró. Entonces, y aunque se caía a pedazos de sueño, puso una conferencia a San Francisco y pidió que le pusieran con el número que correspondía a los familiares de Ethel Marsden. Cuando los tuvo al otro lado del hilo, preguntó por Ethel, pero la suerte no le acompañó.

—No; ella no ha venido por aquí. Hace meses que no ha estado en San Francisco, ni tampoco nos había anunciado su visita para hoy.

No tenía ganas de continuar las explicaciones, de modo que colgó tras una corta despedida y caminó, casi sonámbulo, hacia su dormitorio.

Incluso en aquello había tenido vista el asesino. Se las había ingeniado para que Ethel diera una falsa pista a su sustituta por si alguien decidía seguirla.

Con aquel último pensamiento cayó en la cama y se durmió.

El teléfono le hizo dar un salto con su agudo y torturante repiqueteo. Mecánicamente extendió la mano y, estropajosa la lengua, preguntó la identidad del que llamaba.

—Soy Vic, Donald.

—¡Rayos! ¿No tienes horas mejores para llamar? Las personas decentes acostumbramos a dormir por la noche.

—Son las ocho de la mañana, Don. Tenía entendido que a esa hora ya te encuentras trabajando. Además, tengo noticias importantes.

Donald se sentó en la cama y abrió los ojos. El brillo del sol le hirió las pupilas hasta hacerle gemir de dolor. Evidentemente había dormido tan

intensamente que no había notado el paso de las horas, tal era su cansancio.

—¿Qué es ello?

—Hemos encontrado a Ethel Marsden.

—¡Buen trabajo! —ya empezaba a despertarse—. Dile que se ponga al aparato, para hacerle unas preguntas.

—Dudo que puedas arrancarle ninguna declaración, Don. La hemos encontrado, sí, pero... muerta. El coche que había alquilado para venir a San Francisco se estrelló en la carretera. Un desdichado accidente, Don.

Ya estaba despierto y con el cerebro trabajando a toda presión. Uno no se levanta a diario con la noticia de uh crimen.

—La han asesinado, Vic, aunque parezca accidente. ¿Dónde estás?

—En San Francisco.

—Regresa inmediatamente.

Colgó y pasó bajo la ducha. El agua fría y una ginebra doble acabaron de poner en marcha su maquinaria. Terminaba de anudarse la corbata cuando la puerta de su apartamento se abrió y entró Marta Foster. Su secretaria traía un gesto acusatorio en el frunce de sus labios, mientras sacaba la llave de la cerradura.

—¿Se puede saber qué ha sido de ti en las últimas horas? —preguntó a guisa de saludo.

—Llegas a tiempo para freírme algo de jamón y preparar unas tostadas —replicó Don, mirándose por última vez en el espejo—. Demuestra que tienes aptitudes de ama de casa.

—Eres el tipo más despreocupado que he conocido, Don —protestó ella, quitándose los guantes blancos y dejándolos junto con el bolso encima de una mesita—. No se te ocurre llamar en todo un día para dar noticias de tu vida... Pudieron haberte matado y yo sin enterarme.

Don la palmeó al pasar, y luego la sujetó de la cintura para besarla.

—Lo primero hay que dar los buenos días; es una norma de urbanidad. Luego prepara el desayuno, y por fin presenta tus cargos contra mí, si tengo tiempo para escucharte.

La soltó y Marta fue a la cocina.

—¿Cómo va la investigación?

—Mal; mi última esperanza se ha extinguido. No me doy por derrotado aún, lo que quiere decir que seguiré yendo de un lado a otro, en busca del punto flaco en este asunto tan complicado.

Desayunaron y una vez en el coche, de camino hacia la oficina, Don explicó:

—Vic está en San Francisco, pero regresará inmediatamente. En cuanto llegue, dile que investigue los pasos de Morgan Simpson en Nueva York.

Dejó a Marta en la oficina y se dirigió a la joyería «Oriental». Clay Warren había anunciado que no iría al trabajo a causa de una transitoria indisposición, pero estaba Lionel Dayton. Cuando lo pasaron a la pequeña oficina donde el administrador llevaba los libros del negocio, este se encontraba revisando unas facturas.

—Creo que es inútil que vuelva por aquí —espetó Dayton al reconocerle—. Ayer ya nos dijo suficientes mentiras. Usted no es de la Compañía de Seguros.

—Yo no afirmé que lo fuera. Me limité a dejar que Warren lo creyera, con tal de obtener las respuestas de ustedes. A propósito, ¿sabe qué le ocurre a Warren?

—Está enfermo. Acaba de llamar.

—Ya lo sé, me refería a la índole de su enfermedad; está asustado y confuso. El chantaje del que usted le hace objeto le ha sacado de quicio.

El administrador dio un salto en la silla y se puso en pie, lívido el semblante.

—¿De dónde... ha sacado esa idea?

—Esta madrugada hablé con Warren. Había encontrado pruebas de que el sábado no estuvo todo el tiempo en la clínica, como afirmó, lo cual destruyó su coartada frente al robo cometido aquí. Acabó confesándolo todo, y así supe que usted tampoco estuvo continuamente en San Fernando, con sus hijos, sino que encontró la forma de reunirse con Warren en Los Ángeles, sin destruir por completo aquella coartada. ¿Sabe que es un delito el chantaje?

—¿A qué ha venido? —mordía las palabras con rabia, al tiempo que le taladraba con la mirada.

—Usted juega mucho a los caballos, Dayton. Eso le hace ir siempre escaso de dinero.

—¡Márchese! ¡No voy a seguir escuchándole!

—¿Qué hizo en la tarde del sábado, después de hacerle el chantaje a Warren? ¿Vino a la joyería y, con la complicidad de Monaghan, robó la caja fuerte?

Dayton temblaba de tal forma, que parecía a punto de sufrir un ataque epiléptico.

—¡No! ¡No! ¡Márchese o...!

Pero Donald cruzó las piernas y se acomodó mejor en la pequeña butaca situada frente al escritorio de Dayton.

—Voy a levantar ese teléfono para comunicarme con el teniente Palmer. A él le interesará apretarle los tornillos hasta hacerle saltar por los aires, Dayton. De cualquier forma, el chantaje es un delito, y eso le llevará

a la penitenciaría de Alcatraz.

El administrador se derrumbó en su silla.

—¡Yo no tengo participación en el robo! ¡Se lo aseguro!

—¿Puede demostrar su inocencia?

Dayton negó, mudamente.

—¿Dónde pasó el resto de la tarde del sábado?

—Di unas vueltas pensando cómo obtendría dinero.

—¿Y no tiene la menor sospecha de lo que ocurrió aquí?

—En absoluto. ¡Tiene que creerme! Además, yo noneca he tenido en mi poder la llave de la caja, ni la del sistema de alarma para conectarlo.

Oyeron unos pasos fuera y un instante después la puerta se abría para dar paso a un hombre de edad mediana, alto y robusto, bien parecido, y en cuyos aladares lucía unos mechones blancos, indudablemente seductores para cierto tipo de mujeres.

—¿No ha llegado el libramiento de Nueva York todavía, Lionel? —preguntó al tiempo que irrumpía con seguridad.

Se detuvo al contemplar la expresión descompuesta de Dayton y luego, perplejo, miró a Donald, interrogativamente.

—No; todavía no está aquí, Morgan.

Penosamente, Dayton se sobrepuso.

—¿Te encuentras bien, Lionel? Pareces... enfermo.

—No; no es nada.

—¿No me ocultas algo?

—Te presento a Donald Monroe, un detective. El señor Simpson —concluyó con dificultad—. Y ahora, si me lo permiten...

Salió tambaleándose y cerró la puerta tras él. La mirada de Morgan Simpson tenía un interrogante cuando se volvió hacia Monroe.

—¿Qué le ha hecho usted? Nunca le vi tan alterado.

—Me limité a hacerle unas preguntas.

—¿Para quién investiga, señor Monroe, y qué es lo que busca aquí?

—Empezaré por el final; trato de hallar al ladrón de su caja, señor Simpson, y al hombre que lo mató. Respecto a lo otro, le diré que investigo para el abogado Alex Portman.

—Abogado, ¿eh? Eso quiere decir que defiende a Benny Egan. En otras palabras, que usted trabaja para ese *gangster.*

—Es usted listo, señor Simpson. Por tanto, deducirá fácilmente que Benny es inocente, puesto que gasta su dinero en buscar al verdadero asesino. Si fuera culpable, se limitaría a huir o a amenazar a los testigos que aseguran haberlo visto en «Los Alamitos» la noche del sábado, para que se mostraran remisos a la hora de identificarle.

—Yo lo veo de otra forma —sonrió—. Benny Egan es listo y además está bien asesorado. Sabe que no le valdría ese truco frente a un fiscal ansioso por atraparlo, de modo que ha ideado esta fórmula que parece descargarle de culpas, como usted apuntaba, y al propio tiempo siembra dudas y confusiones en policía y testigos, mediante su hábil maniobra, señor Monroe.

—Creo que debería ofenderme, pero tengo demasiada prisa, señor Simpson. Y espero que no tendrá inconveniente en responder a alguna de mis preguntas. No son fundamentales, pero quiero cotejar los informes que he obtenido confidencialmente.

—Le diré lo que quiera, pero... no me interesa defender a Benny Egan, lléveselo por delante. He hablado con el teniente Palmer al respecto, y él está seguro de la culpabilidad de ese *gangster*, así que nos interesa capturarlo para recuperar las joyas. Comprenda, prefiero las joyas al dinero del seguro, porque las Compañías encarecen las primas tan pronto uno ha tenido un siniestro, y las reducen en caso contrario.

—Usted fue a Nueva York el viernes —dijo Donald, sin hacer caso de la larga parrafada.

—En efecto.

—¿Cuándo regresó?

—El lunes, al conocer el robo.

—¿Cómo lo supo?

—Me avisó Nora, mi esposa, por teléfono. Si le interesa, le diré que me alojé en el «Metropol», en Nueva York. Habitación 117. El sábado estaba cansado y me acosté temprano, a las nueve. Dejé el encargo de que no se me despertase hasta que yo diera señales de vida, pensando que iba a dormir cuarenta y ocho horas seguidas, pero a la mañana siguiente a primera hora, ya estaba en pie, por la fuerza de la costumbre.

—¿Confía usted en sus empleados?

—Nunca me han hecho pensar lo contrario.

—Por ejemplo, Clay Warren. Usted le deja las llaves y la combinación de la caja fuerte... ¿No ha pensado que él pudiera aprovecharse de esa confianza?

—Me parecería... indigno.

—¿Conoce alguien más la combinación? ¿Quizá su esposa?

Simpson arrugó la frente.

—¿Nora? Oh, pues... sí, la conoce. En definitiva, ella es la dueña realmente del negocio. ¡Pero no irá a pensar usted...!

—No se irrite; estoy ajustando unos detalles, simplemente.

—¡No le consiento en absoluto que mezcle a mí mujer en esto! Ella está

delicada de salud. Lleva una temporada en Bahía Hermosa, reposando... La llamé el sábado, poco antes de acostarme, para comprobar su estado, y se encontraba en nuestra finca...

—No estoy acusando a su esposa, señor Simpson, cálmese.

—Bien, ya me he cansado, jovencito, así que...

Abandonó la joyería y, abiertas las ventanillas de su «M. G.», aspiró el perfumado aire matinal. Hacía un sol radiante y una temperatura ideal para disfrutar de la paz y de la holganza de las playas. De no ser por aquella investigación, Donald pensó que se tomaría fiesta y buscaría el más tranquilo rincón de cualquier playa para cerrar los ojos y dejarse mecer en la suave lasitud de los baños de sol.

Casi insensiblemente enfiló la Western Avenue en dirección sur, dejó atrás el Hollywood Park y dobló al ver las instalaciones de la Northrop Aircraft. Más allá estaban los Laboratorios Tecnológicos del Espacio, y por fin vio las palmeras y la agrupación de chalets y bungalows que formaba la encantadora Hermosa Beach. Un agente de tráfico local le informó de la situación de la finca de Simpson, y al meter el morro de su coche por el camino particular que conducía a la villa, sintió una mezcla de admiración y envidia por la propietaria de aquel paraíso.

Un parque de grandes dimensiones, poblado de toda clase de plantas y árboles tropicales, rodeaba una casa de dos plantas y diseño modernísimo, que de pronto apareció ante su vista al doblar el último recodo del camino. Detuvo el coche bajo unos árboles, en una zona que estaba preparada para tales fines, y a pie, recorrió los últimos metros.

No había nadie a la vista y dio la vuelta a la casa.

Vio el reflejo del cielo en una gran piscina de aguas azules y entonces encontró a Nora Simpson.

Esperaba hallar a una mujer madura y achacosa, con tendencia a la obesidad o al reumatismo, y en su lugar se encontraba una morena de cuerpo delgado y facciones correctas, que todavía haría volver la cabeza a los hombres con los que se cruzase.

En aquel momento estaba en el borde de la piscina, tendida sobre un colchón neumático, luciendo un dos piezas amarillo limón que formaba un agudo contraste con la piel tostada. Ella, al verle, se incorporó sobre un codo y preguntó:

—¿Se ha perdido?

—No, si usted es la señora Simpson. Mi nombre es Donald Monroe.

—¿Vende algo?

—No; hago preguntas. Soy detective.

—¡Oh!

Se puso en pie y avanzó hacia él. Tenía un cuerpo sorprendentemente joven, aunque en los ojos hubiesen aparecido unas traicioneras arrugas que avisaban del inminente fin de la juventud. Era difícil calcularle la edad. Mirando sus largas piernas, las caderas firmes todavía y el busto erguido, podía dársele veinticinco años, treinta a lo sumo. Los ojos, sin embargo, denunciaban la curva de los cuarenta, lo mismo que las manos, o quizá más.

Toda ella tenía una vibración especial al caminar con tan ligero atuendo. Le tendió la mano, que él besó, y luego Nora Simpson mostró unos sillones de mimbre.

—¿Quiere tomar algo?

—No; es suficiente con estar en este paraíso, con usted.

—Hace años que nadie me galantea.

—Seguramente usted no lo permite. Espero no haberle molestado.

Ella sonrió.

—En absoluto. Así que usted es detective... ¿Qué investiga? ¿Acaso mi vida privada? Le aseguro que no hay en ella nada que merezca ser ocultado, si es eso lo que busca. ¿Acaso Morgan ha decidido buscar una excusa para divorciarse?

Donald se replegó, buscando ansiosamente unas palabras que le permitieran obtener información sin asustarla.

—Temo que él no la atiende lo suficiente, ¿me equivoco?

—No.

—¿Cómo puede olvidarse de usted, conociéndola? Es usted maravillosa... Perdón, creo que estoy siendo inconveniente, pero si usted no estuviera casada...

Ella parpadeó y sus largas pestañas le dieron un aire seductor.

—¿Qué...?

—La respeto demasiado para continuar —había enronquecido la voz, deliberadamente, para obtener un tono apasionado—. Él no la merece. ¿Qué puede encontrar en otras mujeres?

El despecho y los celos estaban cegando a Nora.

—Le ha gustado siempre la aventura...

—Hay hombres que no merecen la suerte que tienen. ¿Por qué se ha recluido usted aquí? —había cogido la mano femenina y la acariciaba suavemente.

Ella se estremeció y evitó aquel contacto. Luego se puso en pie, como para librarse de un peligro.

—¿A qué ha venido, señor Monroe?

—Estoy investigando el robo de su joyería —no valía la pena mentir—.

¿Quiere ayudarme?

—No sé nada; yo estaba aquí cuando fue descubierto el robo. Me llamó Warren y entonces avisé a mí marido a Nueva York.

—¿No ha ido por la joyería?

—Hace meses que no la visito.

—¿Ni siquiera cuando supo lo del robo?

—¿Para qué? Las joyas estaban aseguradas.

—¿Tiene usted alguna idea sobre el robo?

—No; es cosa de la policía. El teniente Palmer habló conmigo y me dijo que ya lo habían averiguado todo.

—¿Se pasa la vida aquí, sola?

—No estoy completamente sola, pues cuento con el servicio. Pero siempre vienen amigos... Mi vida está vacía, señor Monroe, y la sociedad me aburre, así que vivo aquí la mayor parte del verano. Hace un mes que no he salido.

Parecía haber cambiado súbitamente, desde su inicial flirteo, como si hubiera pensado mejor lo que le convenía hacer.

—¿Significa esto que las relaciones entre su marido y usted...?

No le dejó terminar. Nora Simpson podía ser tan fría y dura como uno de los brillantes de su joyería.

—Creo que no puedo seguir atendiéndole, señor Monroe. Buenos días.

—Solo una cosa más, señora Simpson. ¿La llamó su esposo desde Nueva York, el sábado?

—Sí; estaba aquí, pasando una de mis crisis. Fue muy gentil por su parte.

La miró largamente, tratando de encontrar la verdad en el fondo de los oscuros ojos, que, cuando se mostraran apasionados, podrían ser todo lo bello que es el fuego, aunque destruya.

Retrocedió hasta llegar a la mesita de hierro forjado y cristal donde se alineaban botellas y vasos, así como un cubo de hielo. En el estante inferior, varias revistas aguardaban los instantes de tedio de la hermosa propietaria. Donald se inclinó y cogió un programa de cine que había visto al llegar e hizo un gesto aprobatorio.

—Bonita gala el estreno mundial del sábado en el «Palladium», ¿verdad? Una gran actuación la de Kim Novak, ¿no es cierto? ¿Fue sola o acompañada, señora Simpson?

Ella apretó los jugosos labios hasta convertirlos en una línea cruel. Luego pidió:

—Márchese, por favor.

No cabía negarse ni insistir. Una cosa había quedado claro de aquella

entrevista: la hermosa señora Simpson también cedió a la tentación de ocultar la verdad, aunque él la desenmascarase a tiempo.

Regresó en su coche sport al centro de Hermosa Beach, y cuando se encontró en la amable urbanización veraniega recordó de pronto un detalle, un dato que había olvidado aclarar, así que buscó la central de teléfonos y una vez allí, habló con la encargada del servicio. Cuando hubo expuesto sus deseos, supo:

—Lo siento, señor Monroe —sonrió la atenta empleada—, pero no existe esa conferencia que usted dice.

—Estoy prácticamente seguro de que el sábado a media tarde llamaron desde Nueva York a la señora Simpson, en su finca. Solo me interesa saber la hora exacta de esa conferencia.

—Le repito que no hubo tal llamada; estaría registrada en nuestros archivos.

—¿Anotan ustedes todas las llamadas?

—Solamente las de larga distancia, que requieren conexiones especiales como esta que usted menciona, Las de Los Ángeles o las localidades limítrofes, se rigen por el sistema automático.

La frente de Donald se ensombreció ante aquella información, que aportaba un nuevo dato al enorme rompecabezas que tenía entre manos.

—Le diré más, señor. La señora Simpson solo utilizó las líneas de larga distancia el lunes, a primera hora, y precisamente con Nueva York. Pero la conferencia la pidió ella. En toda la semana anterior hubo una llamada similar.

Con unas palabras de agradecimiento y caminando mecánicamente, Donald abandonó la central telefónica y retomó a su coche. ¡De manera que la hermosa señora Simpson seguía falseando la verdad! ¿Quizá para buscarse una coartada para la tarde del sábado?

CAPÍTULO IX

Cuando llegó ante su oficina un bólido humano casi atropelló su coche en el deseo de abrir la portezuela e interpelarle. Era Skip Farrell, y estaba descompuesto, con el cuello de la camisa arrugado y los ojos saltones.

—¡Lo han cogido, Don! ¡Lo atraparon al fin!

Se refería sin duda a Benny Egan. Y nadie más que la policía podía tener interés en detenerlo.

—Cálmate, Skip —le conocía desde hacía años y sabía su fidelidad por Benny—. Cuéntamelo todo.

Farell estaba tan nervioso que no podía meterse dentro del pequeño sport, así que Donald tuvo que salir a la acera.

—Fue esta mañana, a primera hora. La policía llegó y cercó la casa. Luego entraron y se los llevaron.

—¿A quién?

—Benny, Frida, Tony y Pete. Los cuatro estaban allí. Yo me tomé la noche libre; hacía varios días que no estiraba las piernas —ante la mirada intencionada de Donald, Skip alargó las manos y torció el gesto—. ¡No puedes pensar que yo lo he denunciado! ¡No tienes ningún derecho a sospechar eso!

—Todavía no te he acusado, Skip. La verdad es que prefiero creerte, porque si fueras capaz de traicionar al hombre, gracias al cual vives, merecerías la visita de uno de sus amigos para darte una lección. Y tú sabes que esa clase de arreglos son frecuentes en el mundo en que vivís, y no te creo tan loco como para convertirte en un muñeco atemorizado para el resto de tu vida, inquieto siempre frente a los desconocidos que pueden ser tus verdugos.

—¡No, Donald, yo no he sido, te lo juro! ¡Debes convencer a Benny de que yo le soy fiel!

—Está bien. ¿Qué sabes de eso? ¿Cómo ocurrió?

—No conozco detalles, aunque no creo que hagan falta. De algún modo la policía averiguó el escondite. Yo diría que Tony y Pete fueron seguidos anoche, pese a sus precauciones, cuando acudieron a recoger a Frida. ¿Por qué me tomaría la noche libre?

—Esto tenía que ocurrir, tarde o temprano. ¿Pidió Benny la presencia de Frida?

—Sí; estaba como loco, bajo de moral y a punto de cometer una insensatez. El encierro le había destrozado los nervios y cuando él me propuso ir en busca de su chica, comprendí que esa podría ser la solución.

—¿Acompañaste a Tony y a Pete?

—No; ellos conocen el oficio de despistar a cualquier polizonte, y no iba a darles yo lecciones. Les dejé ir y yo aguardé su regreso, haciendo compañía a Benny.

—¿Tardaron mucho?

—No; Frida estaba en su apartamento, y aunque se había acostado, estuvo dispuesta en unos minutos, cuando supo que Benny le esperaba.

—¿Se calmó él cuando vio a Frida?

—Le volvió la sonrisa y el buen humor. Cenaron como dos enamorados y yo les dejé, en vista de que no me necesitaban. Antes de salir, sin embargo, instruí a Pete y Tony para que vigilasen bien y no les permitieran salir, en el caso de que se les ocurriera alguna locura, como irse a bailar o algo por el estilo.

—¿Cuándo supiste lo ocurrido?

—Nada más avistar la casa donde Benny se había escondido, esta mañana. Allí había tantos periodistas y curiosos como si se celebrara la final de béisbol. No hacían falta más detalles.

—¿Entraste?

—Había un policía de guardia en la puerta y no me atreví.

—Bien, vamos a echar una ojeada. Me acompañarás, Skip.

Por el camino, Farrell completó algunos detalles insignificantes, y cuando se encontraron ante el escondite de Benny, vieron que el lugar había quedado vacío, excepto un agente uniformado que rendía guardia ante la puerta, al fondo del jardín.

—Tengo autorización del teniente Palmer para entrar —mintió Donald, al tiempo que mostraba su tarjeta de identidad al policía.

Este dudó, pero se apartó y dejo entrar a los dos hombres. Donald echó una ojeada alrededor, reconociendo el lugar. Skip le llevó a un comedor donde todavía estaban sin recoger los restos de la cena para dos que Frida y Benny habían despachado horas antes allí mismo, y luego entraron en la biblioteca, donde Donald había conferenciado con su amigo. En el escritorio, el teléfono continuaba en el mismo lugar que él lo había visto. Levantó el auricular y oyó la señal de marcar. Skip abrió una puerta próxima y Donald devolvió el auricular a la horquilla para seguir al lugarteniente de Benny.

Estaban en un dormitorio moderno y amplio, también en desorden. En una de las mesillas, la que contenía un cenicero con colillas sin huellas de

carmín, había un vaso con lo que le parecía agua. Donald lo olisqueó y luego bebió un pequeño sorbo. Alguien irrumpió entonces, con ademanes resueltos.

—No me gusta que vayas engañando a mis hombres, Donald —dijo el teniente Palmer como si se tratara de un saludo—. En otro momento te daría una lección, pero hoy me siento feliz; por fin he conseguido apresar a su amigo.

—Adiviné su estado de ánimo y me dije que una travesura como la mía no iba a enojarle. Enhorabuena, teniente. Fue usted listo.

—Gracias. A propósito, me dijiste que no conocías este escondrijo, y como es evidente que me engañaste, tendré que...

—Un momento, por favor —Donald señaló a Farrell—. Me guiaron hasta este lugar.

Palmer echó una ojeada hacia el lugarteniente de Benny Egan.

—Vaya, Skip Farrell. También tenía deseos de ponerte la mano encima. ¿Es cierto que tú indicaste a Donald Monroe el camino y la dirección de esta casa? Piénsalo bien, porque si tu respuesta es afirmativa te conviertes automáticamente en encubridor de tu jefe, un perseguido por la justicia.

Farrell miró al detective, se humedeció los labios y terminó asintiendo.

—Le traje yo, teniente. El ignoraba esta dirección.

Palmer chasqueó la lengua contra el paladar.

—Tú lo has querido; nunca podrás decir que no te lo advertí.

Pero Donald lanzó una carcajada que sonaba extraña en aquel ambiente.

—He dejado que me tendiera esta cochina trampa, teniente, solo para probar hasta dónde era capaz de llegar usted con sus tretas. Si Skip no fuese un chico noble y leal, a estas alturas yo tendría cancelado mi permiso para ejercer como detective, cosa que usted desea mucho, por lo que veo. Pero Farrell ha dicho la verdad y entonces va a cargar la mano sobre él. Sin embargo, parece que olvida algo, teniente.

—¿Sí? Habla, hijo, estoy deseando escuchar tus consejos.

—No puede acusar a Farrell de complicidad ni de encubridor, porque él no sabía que Benny Egan era buscado por la policía. ¡Usted nunca lo ha publicado en los periódicos! Lo que Skip Farrell hacía, manteniendo a su jefe fuera del contacto con la sociedad, era una cuestión privada de Benny Egan. Para Skip, su jefe quería solo descansar.

Los taciturnos ojos de Farrell se agrandaron al oír aquello y exclamó:

—¡Caramba, Donald, desde hoy serás mi abogado!

Palmer rechinó los dientes ante la burla.

—De acuerdo; otra vez me has pisado, Monroe, pero ándate con cuidado. Todavía no he cerrado este caso y no he renunciado a complicarte

en él.

—Sí, teniente.

—Y ahora salid de aquí, si no queréis...

—¿Cómo se las arregló para descubrir este escondite?

—No te importa. ¡Fuera de aquí!

Una vez en la calle, Farrell se desahogó a gusto contra el policía, recordando el susto que le había metido en el cuerpo. Donald se encogió de hombros.

—No se lo tengas en cuenta. Palmer es un perro viejo que no puede soportar la presencia de un gato como yo. Nos peleamos, y a veces hasta me odia, pero seguramente, en el fondo, no sabría vivir sin tenerme cerca, para descargar sobre mí su cólera. Vámonos, Skip.

—¿A dónde?

—Todavía no he encontrado al asesino de Monaghan, aunque Benny ya esté en la cárcel.

—¿No se ha dado por vencido?

—En absoluto. Ahora ya sé lo que debo hacer.

CAPÍTULO X

Vic Adams hojeó su libreta, en busca del informe. Donald apoyó las manos en el volante negro de su «M. G.», y miró a su ayudante. Acababa de recogerlo en la oficina y se lo había llevado para escuchar los datos que él había encontrado, mientras aguardaba no lejos de la comisaría, cuya puerta vigilaba atentamente.

—¿Hablaste con Nueva York?

—Sí; nuestros corresponsales de allí trabajan bien y rápidos. ¡Cielos, qué informes me han dictado por teléfono! A grandes rasgos te diré que todo lo qué dijo Morgan es cierto, hasta el menor detalle. Eso lo elimina por completo. Se alojó en el «Metropol», habitación 117. El detective de allá le visitó, incluso, y habló con la camarera. Dice que está situada en un primer piso, es para una sola plaza y tiene cuarto de baño, teléfono, televisión y radio. Y que la escalera de incendios pasa por su ventana, lo cual indica que da a una fachada posterior, cosa que encargó expresamente Simpson para evitar los ruidos del tráfico.

—¿Qué hizo en Nueva York desde el viernes?

—Tuvo reuniones de negocios con los principales importadores de diamantes, especialmente con un representante de una casa de Ámsterdam. Ya te he dicho que los muchachos de allá hicieron un trabajo magnífico en solo unas horas: Han podido comprobar cada uno de los minutos de la vida de Simpson en Nueva York.

Donald parecía soñoliento, medio recostado en el volante, pero Vic Adams sabía por experiencia que era solo una impresión, y que bajo ese exterior abúlico el cerebro de Monroe estaba en pleno funcionamiento, tramando algo.

—¿Me has escuchado? —preguntó Adams—. Tengo la impresión de que he estado hablando solo, sin que me prestaras la más mínima atención.

Donald se removió en el asiento de cuero.

—¿Eh? ¡Oh, sí, Vic, perdona! Estaba pensando...

—¿Qué?

—Realmente no necesitaba esos datos porque ya sé cómo ocurrió todo.

—¿Quieres decir que...?

—En efecto.

—¡Dime quién es el cómplice de Monaghan, el que le asesinó! —

apremió ansiosamente su ayudante.

Pero en aquel momento Donald vio lo que esperaba en la puerta de la comisaría y dio un codazo a Vic.

—¡Deprisa, salta!

—Pero...

—¡Vamos, no me hagas perder el tiempo! ¡Baja!

Le empujó con rudeza y aún antes de que Adams hubiera podido cerrar tras sí la portezuela del «M.G.», Donald lo sacó del aparcamiento y se lanzó velozmente hacia la comisaría, ante cuya fachada lo detuvo junto al bordillo.

La hermosa rubia platino que miraba a su alrededor en busca de un taxi parpadeó al ver el coche sport rojo que ya conocía, y respondió con un saludo a la señal de Donald.

—Oh, gracias, señor Monroe. ¿Cómo pudo saber que me dejaban en libertad? —preguntó introduciéndose con gracia en el vehículo—. Porque usted estaba esperándome, ¿no?

—En efecto. Pensaba decirle que pasaba casualmente cuando la vi, pero... usted me ha descubierto. Es usted una chica muy lista. ¿Cómo está Benny?

Maniobró Donald incorporándose al tráfico y por el retrovisor contempló las facciones correctas de la muchacha, ahora sin maquillaje, excepto un leve trazo rosado en los labios infantiles.

—Creo que está pasando muy malos momentos —sus labios formaron un hociquito compungido que inspiraba lástima y deseos de besarlos—. El teniente dice que tarde o temprano le arrancará el escondite de las joyas... ¡Oh, Donald, qué desgraciada me siento! Me da la impresión de ser yo la culpable de que se encuentre en este aprieto... Anoche la policía debió de seguimos cuando me llevaron junto a él. ¡Si no hubiera manifestado deseos de reunirme con Benny, esto no habría ocurrido!

—Eso es verdad.

Ella le miró con lágrimas en los ojos.

—¿Me considera culpable?

—Desde luego.

—Lo dice en un tono... ¡No puede hacerme responsable de que la policía nos siguiera! En todo caso, Pete y Tony cometieron la torpeza de...

Se detuvieron ante un semáforo y, lentamente, sin mirarla, Donald preguntó:

—¿Sabe por qué estoy aquí, Frida? ¿Sabe por qué la esperaba ante la comisaría?

—No...

—Quiero ayudarte y protegerte... Sí, ya sé. Estoy traicionando a mí mejor amigo, pero desde que estuve en tu apartamento y te tuve en mis brazos... Frida, no quiero que nada malo te ocurra.

—¡Donald! —las lágrimas habían desaparecido de sus ojos—. ¿De qué hablas?

—El teniente acaba de tenderte una trampa.

—¿Cómo?

—Sabe, lo mismo que sé yo, que pusiste un narcótico en el vaso de agua de Benny, esta noche pasada; lo analizaron, y no hay dudas. Cuándo Benny estuvo profundamente dormido, avisaste por teléfono, desde la biblioteca, a la policía; también han encontrado tus huellas.

La muchacha se retorció las manos.

—¡Eso no es cierto...! ¡Yo...!

Reanudaron la marcha.

—Estoy ayudándote; Frida, porque no puedo vivir sin ti. No me importa lo que hayas podido hacer, con tal de que me aceptes. A la vista de esas pruebas, el teniente Palmer va a acusarte de instigar a Ray «Dedos» Monaghan para que robase la joyería «Oriental», así como de su asesinato, realizado de tal manera que comprometiese a Benny Egan. Hay tantas pruebas en tu contra que ni siquiera tu belleza te librará de la cámara de gas.

Notó el largo y doloroso estremecimiento femenino momentos antes de que estallara:

—¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Yo no he robado la joyería ni he matado a Monaghan! ¡No lo hice yo, sino...!

—No; por favor, no es preciso que te justifiques ante mí. De cualquiera forma, te ayudaré a salir del país, querida.

—¡Pero es que yo soy inocente! ¿No te das cuenta? ¡Si huyo será tanto como confesar una culpabilidad que no tengo! ¡No; no voy a cargar con las culpas de otro!

Debajo del tablero de mandos, el pequeño magnetofón de pilas iba recogiendo las palabras femeninas...

* * *

El teniente Palmer señaló desdeñosamente el magnetofón de transistores que Donald había dejado sobre su mesa.

—Bueno, pero eso no es una prueba, no me sirve ante ningún jurado.

—Cierto, pero... ¿ni siquiera le hace pensar en que Benny es inocente?

La frente del policía estaba sombría. Le costaba admitir el triunfo del

detective.

—¿Cómo le has arrancado esa confesión?

—Preparé una buena escenografía y supe ser convincente. Por otra parte, la chica debió asustarse cuando usted la detuvo. Las conciencias sucias están intranquilas.

—Soltaré a Benny solo si consigues una buena prueba de tu teoría.

—¿Le basta con escuchar una confesión?

—Si es de viva voz, sí. No me interesan los magnetofones.

—De acuerdo. Prepare a sus hombres mientras yo estudio el papel que voy a representar.

CAPÍTULO XI

La finca de los Simpson en Hermosa Beach era todavía más encantadora a la luz de la luna que a pleno sol. Donald se entretuvo en observar los incontables detalles de buen gusto, mientras se acercaba a la casa, a fin de relajarse. Necesitaba adoptar un aire descuidado que conviniese a su plan.

Cruzó la piscina, donde viera a Nora Simpson y subió a la veranda. Fue cuando vio la punta encendida de un cigarrillo en la oscuridad y se detuvo.

—¿No le dije que se marchara de una vez, Monroe? —preguntó secamente Nora Simpson, removiéndose en la mecedora.

—Me ha traído un negocio importante. ¿Está sola?

—No; mi marido está en su estudio, y si no se va Inmediatamente, le llamaré.

Donald se aproximó a la hermosa mujer pausadamente. Lucía un vestido muy escotado, sin hombros, y la luna arrancaba destellos brillantes de la tersa piel.

—Ciertas cosas de mi oficio no me gustan, pero debo hacerlas. Volveré luego.

Entró en la casa y se orientó por la luz que salía de una puerta, Donald la empujó y se encontró en un estudio amplio y lujoso, decorado con el mismo gusto que el resto de la finca. Morgan Simpson leía un libro mientras fumaba un aromático cigarrillo egipcio y tenía una copa de jerez al alcance de su mano.

—¿Eh? ¿Qué hace usted aquí?

—Traigo algo que puede interesarle, señor Simpson. Está en venta.

—¡No me interesa nada de usted!

—Esto sí.

Puso el magnetofón que llevaba bajo el brazo sobre una mesita y pulsó un botón. Lo primero que se oyó fue la vibración de un coche en marcha.

—Preste atención, por favor. Luego hablaremos del precio.

»—¡Si huyo será tanto como confesar una culpabilidad que no tengo! ¡No; no voy a cargar con las culpas de otro!

»—Sin embargo, estás bastante complicada, Frida. Tú llamaste desde el «Tropicana» al bungalow cinco del motel «Los Alamitos» la noche del sábado y hablaste con tu cómplice, que acababa de matar a Ray Monaghan.

»—Sí, pero no es ningún delito hacer una llamada...

»—Pero sí la complicidad en ese delito. Más tarde te diste cuenta de que esa llamada habría quedado registrada en el libro del club, y convinisteis los dos en borrar esa pista. Para eso pagaste una buena cantidad a Ethel Marsden, a fin de que se marchara de vacaciones y más tarde arrancaste la hoja del libro.

»—¿También sabes eso?

»—Mi oficio es investigar, Frida. Está claro que solo tú, con la libertad de movimientos de que gozas en el club, podías hacer esas cosas. De lo otro se encargó tu cómplice.

»—¿A qué te refieres?

»—Al asesinato de Ethel Marsden. ¿No te has enterado? Ella murió en un accidente cuando se dirigía a San Francisco.

Se oyó un sollozo y luego la voz aguda de Frida, alterada por el miedo.

»—¡No lo sabía...!

»—¿No? Vaya, los jurados no son tan ingenuos. No podrás librarte de esa culpa, Frida.

»—¡Yo solo he sido el instrumento en las manos de Morgan Simpson! ¡Él y solo él concibió la idea de robar su propia joyería y luego cargar las culpas a Benny Egan, para librarnos de él y obtener su fortuna cuyo escondite me había revelado!

»—¿No amas a Benny?

»—¡Es un bruto! ¡Le odio! Es un zafio *gangster*.

»—Y en cambio te gusta Morgan Simpson; parece un caballero, ¿no?

»—Lo es.

»—¿A pesar de que tiene las manos manchadas de sangre?

»—Antes no importaba. Ahora...

»—Continúa...

»—Estoy asustada. ¡No quiero cargar con esas culpas, Don! ¡Tienes que ayudarme a librarme de la cárcel y haré lo que me pidas!

»—No estoy seguro de que me digas la verdad, Frida. El sábado estaba Morgan Simpson en Nueva York, de modo que no pudo estar con Monaghan robando su propia joyería.

»—¡Puedo demostrar que estuvo en Los Ángeles! ¿No has pensado en que Los Ángeles lleva tres horas de retraso en relación con Nueva York? Ahí está la clave de todo. Te diré cómo lo hizo. Se retiró a las nueve de la noche a descansar en el hotel, dejando el encargo de que no se le molestara hasta que diera señales de vida. En ese momento eran las seis de la tarde, aquí en Los Ángeles. Morgan salió por la ventana, a través de la escalera de incendios, y se dirigió al aeropuerto para tomar el avión «Jet»

intercontinental, que lo dejó aquí a las once de la noche, que eran las dos de la madrugada en Nueva York. Robó con Monaghan la joyería, dejó la botella de cerveza con las huellas de Monaghan, para facilitar la investigación de la policía, y acompañó al ladrón al motel. Aguardaron a Benny. Simpson mató a Monaghan y llamó a Benny, y entonces se marchó rápidamente al aeropuerto, a tiempo de tomar el avión de las dos de la madrugada, equivalente a las cinco de Nueva York, que le depositó allá a las nueve de la mañana. Del aeropuerto fue al hotel, entró por dónde había salido y se dejó ver en pijama cuando pidió el desayuno en su habitación.

»—Gracias, Frida. Sabía todo eso, pero necesitaba que lo dijeses tú. Esta confesión a tiempo quizá pueda salvarte de una acusación grave. Falta un pequeño detalle: La llamada que desde Nueva York hizo Simpson a su mujer. Llamasteis desde Los Ángeles, fingiéndote la telefonista, ¿verdad?

»—Sí; fue un truco muy bueno. Ella se lo creyó.

Donald apretó el «stop» y miró el rostro lívido de Morgan Simpson y sus manos que se movían nerviosamente, tabaleando sobre el escritorio, en un vano intento de controlarse.

—¿Ha terminado la representación? —acertó a decir burlonamente.

—Jamás pierdo el tiempo, señor Simpson, de manera que si no me toma en serio, corre el riesgo de que no haga lo mismo el teniente Palmer.

—¡Eso no es una prueba judicial!

—Ya lo sé. Pero sirve para abrir los ojos. La policía no tendrá la menor dificultad en revisar las listas de embarque de los aviones que usted utilizó esa noche, ni tampoco dejarán de identificarle las azafatas.

La risa de Simpson fue desagradable.

—Siempre hago las cosas bien, mí querido amigo. En ambos viajes utilicé falsos identidades y disfraces distintos. Nadie podrá jamás identificarme. Así que llévese ese juguete y tírelo al mar; no le sirve para nada. Mi coartada es perfecta y no voy a consentir que me haga víctima de un chantaje para el resto de mi vida. Por lo que respecta a Frida, ya le ajustaré las cuentas a esa pequeña gata de alcantarilla.

La expresión de Donald fue de absoluta desolación, como si acabara de despertar de un sueño maravilloso.

—Pero... Pero usted robó su propia caja y mató luego a Monaghan.

—Fue el crimen perfecto, ¿no lo cree? —rio, sumamente divertido—. Como las joyas estaban aseguradas, nadie, excepto la Compañía, perdía. No cometí más que un error, que acaba de descubrir a tiempo; no valía la pena hacer nada por obtener a Frida en exclusiva. Es una perra traidora que me habría puesto en un difícil trance, si yo no lo hubiera previsto todo...

La puerta se abrió bruscamente en aquel instante, y un momento después ocurrió lo propio con los dos ventanales que daban al jardín. En los tres huecos aparecieron policías de uniforme con las armas en la mano. El teniente Palmer avanzó resuelto hacia Morgan Simpson.

—Todo no, amigo. Ha hecho muy mal en despreciar la valía de Donald Monroe. Él no quería hacerle ningún chantaje, sino obligarle a hablar... ¡Y a fe que lo ha hecho bien, diablos! ¡Tengo lo menos media docena de testigos que lo mandarán a respirar las dulces emanaciones de la cámara de gas!

* * *

Marta Foster estaba enfurruñada, envuelta en un blanco delantal que se había puesto sobre el lujoso vestido de noche. Con las mejillas encendidas por el fuego de la cocina, apareció en la puerta del *living* y miró hacia donde Donald Monroe yacía, sobre uno de los sofás, en postura indolente.

—¡No solamente no me llevas a cenar, como habías prometido, sino que me obligas a cocinar! ¡Qué canallas sois los hombres!

—Sí, querida.

Avanzó hacia él, furiosa, encendidos los verdes ojos.

—¡Me había puesto un modelo nuevo para agradarte y ni siquiera lo has mirado! ¡Qué estreno le he dado, en la cocina! ¡Soy una desgraciada!...

Alargó él una mano, cogió el brazo femenino y la hizo inclinarse, Recostada contra su pecho, Donald la acarició y la besó repetidas veces, en silencio.

—¿Sabes? Me estoy haciendo viejo, Marta. Con frecuencia me sorprendo buscando los asientos más cómodos o los sofás más amplios; es un mal síntoma.

—¡Eres un condenado egoísta que solo buscas tus satisfacciones, sin tener en Cuenta a los demás!

—También es otro detalle que me preocupa. Hum... Eso que tienes en la cocina huele muy bien. Anda, vete a prepararlo; no te perdonaría que se quemase.

—¡Qué romántico! Pones a tu estómago por encima de tu amor.

—Nadie se muere de amor, pero sí de hambre. Ah, Marta, recuérdame una cosa que tengo que hacer mañana, en cuanto llegue a la oficina.

—¡Vamos, negrero, da más órdenes! Por un jornal miserable tienes secretaria, doncella, cocinera y, si te queda tiempo, novia también. ¿Por qué te aguantaré todavía?

—Seguramente porque estás enamorada de mí. Volviendo a ese asunto;

es importante. Tengo que sacar una licencia de matrimonio.

Ella le miró, a punto de arrojarle algún objeto.

—¿Quién es la habilidosa mujer que ha conseguido pescar marido? ¿Es que ahora te dedicas también a gestionar documentaciones?

—Pregunta más bien quién es el estúpido hombre capaz de permitir que le aten en corto, siendo libre como es.

—¿Y quién es ese mirlo blanco?

—Creo que lo tienes ante ti; muy cansado, pero entero todavía.

Marta tardó un par de segundos en reaccionar. Luego dio un grito y se arrojó sobre el muchacho.

—¡Querido!

—Oh, Marta, por favor, domínate o tendremos que casamos en el hospital.

Ella le besaba y lloraba a un tiempo. Con lágrimas de alegría, por supuesto.

—¿Es que nunca vas a hablar en serio?

—Bien mirado, no hago tan mal negocio. Me caso, es cierto, pero a cambio me ahorraré tu sueldo y seguirás trabajando igual.

Cuando al fin, terminaron las efusiones, de la cocina salía una negra humareda que anunciaba el catastrófico final de la cena...

FIN



EJERCICIO PARA DIEZ DEDOS

por Clark Carrados

—Más o menos, lo mismo que tú —respondió Dinorah con desparpajo—. Vigilaba la casa de Lana O'Shea.

—¿Vigilabas? —exclamó él suspicazmente.

—Así es. Y aunque te parezca mentira, llegué a poner las manos en el asesino.

—No me digas —respondió Clemens burlonamente—. ¿Y lo has dejado escapar? ¿Tú, la mujer fuerte, la invencible en toda lid deportiva?

Dinorah pateó el suelo con furia.

—¡Oh, déjate de pullas! —exclamó de mal talante—. Más lo siento yo. Tuve al asesino en mis manos y se me escapó. Venía dispuesto a estrangular a Lana O'Shea, ¿comprendes?

—¿Y cómo supiste que iba a venir aquí precisamente? —Las razones de Dinorah se antojaban al joven un tanto especiosas y carentes de lógica.

—No lo sé exactamente —contestó ella—. Llámalo como quieras, presentimiento, instinto, intuición femenina..., pero lo cierto es que tuve al asesino entre mis manos y se me largó.

`No hay entrenamiento más negro...
No hay ejercicio más siniestro en el mundo que el

EJERCICIO PARA DIEZ DEDOS

¡la técnica implacable del estrangulamiento!
¡Una historia de enigma y de horror que usted no olvidará!

EJERCICIO PARA DIEZ DEDOS

¡Nuestro próximo número!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain